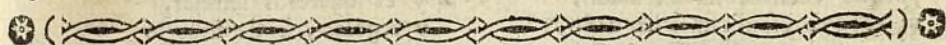


COMEDIA FAMOSA. EL CAVALLERO.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Felix de Toledo, Galán. *** Doña Ana Enriquez, Dama. *** Manzano, Gracioso.
D. Lope Enriquez, Galán. *** Doña Luisa de Ribera, Dama. *** Martin, Criado.
D. Diego de Ribera, Galán. *** Inés, Criada. *** Dos Hombrés.
D. Juan de Toledo, Barba. *** Leonor, Criada. *** Musicos.



JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix, y Manzano de camino.

Manz. ¡Jesús! ¡Jesús!

Felix. ¿Qué te espantas?

Manz. Aun no creo que aquí estés:
¿qué este es Madrid? ¿qué esta es
la calle de las Infantas?

Es posible, que ya andes
por tierra que anduvo el Cid?
Dios me conserve en Madrid,
que para mí no hay mas Flandes.

Felix. Asegurote, Manzano,
pues ya sabes lo que pasa,
y que me vuelvo á mi casa,
por la muerte de mi hermano,
donde, si su muerte lloro,
hallar por alivio puedo
un mayorazgo que heredo,
y una Dama á quien adoro;
que en Flandes contento estaba,
y aora conozco yo,
que aquella escuela me dió
todo lo que me faltaba:
porque aunque la Corte encierra
Cavalleros muy perfectos,
sin saber de los efectos
de la escuela de la guerra,
según lo que considero,
que ella en mi pecho ha labrado,
la Milicia es quien dá el grado
á un perfecto Cavallero.

Manz. Fuerza fue, que allí aprendieses
quatro mil Cavallerías,
no dormir en quatro dias,
no desnudarse en dos meses;
andar siempre á la aspereza
de agua, nieve, ó yelo impio;
bien es verdad, que este frío
se resiste con cerbeza;
con que queda acostumbrado
un hombre, con tal sustento,
á andar siempre muy hambriento,
muy roto, y desaliñado,
afligido, sin dinero,
siempre imaginando flores,
que son las partes mejores
de un perfecto Cavallero.

Felix. Como tú, lo has discurrido.

Manz. Esto es lo que yo aprendí.

Felix. Labró en tí, conforme á tí.

Manz. Ergo si haver aprendido
mal, consiste en mi baxeza,
no es la guerra, ni sus fueros
quien hace los Cavalleros,
sino su naturaleza.

Felix. La misma razon lo abona.

Manz. Pues ¿qué es lo que de ella nace?

Felix. Yo no digo que los hace,
sino que los perfecciona.

Manz. Pues esta question dexada,
por ¿qué causa no has querido

A

irte

irte à casa, y te has venido
à apear à una posada?

Felix. Mi recato es necesario,
pues lo que llevò mi brio
à Flandes, fue un desafío,
en que maté à mi contrario.
Demàs de esto, y el empeño
sabes que aqui dexè yo,
pues sin alma me embiò
Doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre, que con secreto
me venga, pues con efecto
no està aun la muerte compuesta.
Y demàs de esto me llama,
porque casarme ha intentado,
ni sè què esposa me ha dado,
ni en què estado està mi Dama.
Sin verla intentà saber
uno, y otro mi agudeza,
que si en Doña Ana hay firmeza,
ella ha de ser mi muger.

Manz. Y tù sabes si ha venido
Don Lope Enriquez, hermano
de Doña Ana, que era Indiano?

Felix. Si, por cartas lo he sabido.

Manz. Y el Don Lope, ¿dudar puedo
si vendrà en lo concertado.

Felix. Pues le està mal ser cuñado
de Don Felix de Toledo?

Manz. Mal diz que le havia de estàr;
pues eres tù algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera Familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concertéis,
si los dos no os conoceis.

Felix. Siendo yo quien soy, què importa?

Manz. Pues al caso, y con audacia.

Felix. Pues ya es noche, ven tràs mì,
que Doña Ana vive aqui
al Cavallero de Gracia.

Manz. Oyes: què en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?

Felix. Que es Viernes, y hay Miserere.

Manz. Suena en acentos divinos;
mas ya al fin debe de ser,
pues sale gente. *Felix.* Azia alli
nos vamos, no salga aqui
quien nos pueda conocer.

Manz. Si, que la Luna ha salido.

Felix. Me conviene este recato.

Manz. Mucho es, que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

*Salen Doña Ana, y Inès con mantos, y Doña Luisa, y Leonor del mismo modo, y dos
hombres galanteandolas.*

Ana. Cavalleros, si lo fois,
mostrad el primor de serlo
en no passar adelante
con quien os pondera el riesgo,
que hay en ir à nuestro lado.

Homb. 1. Essè es el comun despegó
que usan todas las mugeres
à los primeros encuentros:
y el quereros festejar,
y regalar, si de hacerlo
dais licencia, no es agravio,
que merece essè desprecio.

Luisa. Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aqui lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais. *Homb. 1.* Tambien es esso
comun de primer respuesta,
que yo en la Corte estoy hecho
à escuchar esso de todas,
y à encontrar su rendimiento
detràs de poca porfia:
pero seais en efecto
quien fuereis, què importará
para admitir el festejo,
de ir à la confiteria,
que de aqui no està muy lexos
del Cavallero de Gracia?

Ana. Inès, viste hombres mas necios?

Inès. Si ellos quierens que nos dexten,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dexaràn, si aceras.

Homb. 2. Ea, vamos, no tardemos,
demos dulces à estas damas.

Luisa. Ya os han dicho, Cavalleros,
que os estarà mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.

Homb. 1. Amenaza: pues por esso
os hemos de acompañar.

Ana. Ya esso es passar de groffero,
y fiaros en que somos

mü-

mugeres. *Felix* No oyes aquello?

Manz. Hay hombres ocasionados: este estará pretendiendo una compañía en la guerra, no se la dará el Consejo, y la procura en la paz.

Homb. 1. No teneis que deteneros, que solo por la amenaza os havemos de ir siguiendo.

Ana. Esto es porque aqui no veis quien aqueste atrevimiento os castigue. *Homb. 1.* Si ha de haverle, vamos allá. *Felix.* Cavalleros, habiendo dicho estas Damas, que en seguir las tienen riesgo, no parece urbanidad seguir las à su despecho; y yo os pido en cortesia, que las dexéis. *Homb. 1.* Brávo empeño! sois vos el que ellas esperan, que castigue nuestro intento?

Felix. Soy quien esto os suplica por deuda de Cavallero; y si no os quisiereis ir, quien hará que os vais mas presto.

Homb. 1. Trae algo con que espantarnos?

Manz. Trae con que darles tan recio, que les hará que aqui dexen las capas, y los sombreros, y las Damas, y la gana de ir con ellas. *Homb. 1.* Antes pienso, que la dexará quien habla.

Manz. Mientes, poco mas, ò menos: abanza, señor. *Felix.* Ya os voy à enseñar à ser atentos.

Metenos à cuchilladas.

Ana. Ay infeliz! Doña Luisa, en que empeño nos ha puesto la necedad de estos hombres?

Luisa. No es ya muy grande el empeño, Doña Ana, que à muy buen passo de su valor van huyendo, y no correrà peligro.

Inès. No hará, que corren con miedo.

Leon. Son toreadores de à pie?

Ana. Quien será este Cavallero?

Luisa. Si la vista no me engaña, yo de la Luna al reflexo le vi la cara; y si aqui pudiera estar, siendo cierto

que està en Flandes, presumiera, que es Don Felix de Toledo.

Ana. Ay Inès! que es lo que escucho?

Inès. Muy posible es que sea cierto;

su padre le està esperando, y havrà venido. *Ana.* Y mis zelos serán ciertos, si es verdad; *ap.* ha ingrato amante, que es esto? tù en Madrid, sin verme à mi? Doña Luisa, segun esto tù debes de conocerle?

Luisa. Le debí muchos festejos antes que se fuesse à Flandes.

Ana. Luego es tu amante? *Luisa.* No puedo presumir yo, que aun le dure un amor, que ha tanto tiempo que yo le defengañe; y tù sabes ya el extremo con que à tu hermano Don Lope quise yo siempre. *Ana.* Esto es cierto: el la conociò, y por ella *ap.* se empeñò: yo estoy muriendo.

Luisa. Mas el es el que ha embaynado la espada, y viene. *Ana.* Que haremos?

Luisa. Irnos, y no nos conozca.

Ana. Esto confirman mis zelos: *ap.* antes yo le quiero hablar, porque agradecerle debo el havernos amparado.

Luisa. Habla tù, si gustas de esto.

Ana. Inès, tapemonos bien.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Bien se viò quien eran ellos.

Manz. Mas no se irán alabando.

Felix. Heriste alguno? *Manz.* Esto es bueno: como no podía alcanzarlos, me alargué de pensamiento, y à uno di una cuchillada, que le abrí de medio à medio.

Felix. Le alcanzaste con la espada?

Manz. No fino con el deseo.

Ana. Ay Inès! yo estoy mortal; Don Felix es. *Inès.* Esto es hecho, en aqueste instante acabo *ap.*

de perder yo mi remedio; porque en nombre de mi ama, à quien galantèa Don Diego, hermano de Doña Luisa, le hago favores supuestos, y me vale un pozo de oro,

y oy por Don Felix lo pierdo.
Felix. Aun se están aquí las Damas.
Manz. Bien pueden darnos el premio.

Felix. De hallaros aquí, señoras,
 prefumo cuidado nuevo;
 si le teneis, y gustais
 de que yo os vaya sirviendo
 hasta entrar en vuestra casa,
 bien podeis ir sin recelo.

Manz. Miren si hay otra pendencia,
 que aunque sean veinte de ellos,
 con condicion que ellos huyan,
 aquí se la reñiremos.

Ana. No esperamos por cuidado,
 sino por agradeceros
 el favor; aunque es verdad,
 que nos costò el sentimiento
 de que un Cavallero tal,
 como lo muestra el empeño,
 se aventurase con hombres,
 que eran de tan poco precio:
 y creed, que à haver sabido,
 que pudiera à vuestro aliento
 empeñarle nuestra voz,
 fufriera su atrevimiento,
 por no daros la ocasion,
 que ya vencida sin riesgo,
 os agradezco. *Felix.* Yo soy
 quien debe agradecimiento
 à la ventura de hallarme,
 con lo poco que merezco,
 en ocasion de serviros.

Ana. El Don Felix es discreto,
 muy galan, y muy bizarro:
 si es cierto lo que sospecho, *ap.*
 así me he de vengar de ella.

Luisa. Es un grande Cavallero,
 y esso lo debe à su sangre.

Ana. Bien disimula: si es cierto?
 sois de Madrid? *Felix.* Yo, señora,
 no soy sino forastero.

Manz. Mi señor es Alemàn.

Ana. Alemàn? *Manz.* Medio Tudesco,
 y aora ha venido de Angola.

Ana. Bien se conoce en lo negros
 pero acá no somos Indios.

Felix. Este, señora, es un necio,
 que yo soy de Andalucia.

Ana. Esso parece mas cierto.

Manz. Y lo que yo digo, y todo,

que esto es por parte de fuego;
 mas por parte de cuñado,
 es Alemàn como el yelo,
 natural de Calahorra.

Felix. Calla, no seas majadero.

Ana. Ya que forastero sois,
 holgarème de ir sabiendo
 vuestro nombre, y la posada.

Felix. La posada es algo lexos,
 porque poso en Leganitos:
 el nombre, para el efecto
 en que yo os puedo servir,
 si aseguro como puedo,
 que yo un Cavallero soy,
 os digo el nombre mas cierto.

Ana. Si un Cavallero es el nombre,
 buen nombre es ser Cavallero.

Felix. No pienso yo que se os puede
 ofrecer à vos empeño,
 en que queráis saber mas.

Ana. No pudiera ser, que al veros
 tan bizarro, y tan airoso,
 ocasionasse el afecto
 de alguna de las que veis?

Felix. No estoy hecho à esos trofeos,
 y lo dudo à mi fortuna:
 mas fíntieralo, os prometo,
 que me diera essa ventura,
 quando lograrla no puedo.

Ana. Por què no podeis lograrla?

Felix. Porque yo me he de ir muy presto.

Ana. Ya mi duda es evidencia, *ap.*
 pues me ha despreciado el ruego,
 por ver que està aquí su Damas;
 yo lo he de apurar si puedo.
 Doña Luisa, el tal Don Felix
 muy bien me và pareciendo,
 y pienso que he de quererle.

Luisa. Tendràs muy buen gusto en esso,
 que el es digno del cuidado.

Ana. Si es disimulo, es muy cuerdo, *ap.*
 ò ella està muy satisfecha.

Y de verdad, es lo cierto
 el haveros de partir,
 ò tener ya algun empeño?

Felix. Yo en mi vida quise bien.

Manz. Señor, por què dices esto?
 dexate querer de aquesta.

Felix. Necio, puede un Cavallero
 enganar aquí à una Dama,

si à otra Dama està queriendo?

Manz. Si quiere, y como que puede.

Ana. Muy dificilmente os creo, que no haveis querido bien.

Felix. No, y es verdad, porque quiero.

Ana. Os ahorrais muchas congojas, mas perdeis muchos contentos.

Felix. Tanto fabeis vos de amor?

Ana. Por las Comedias, que leo, tengo de èl muchas noticias: mas puesto, que (à lo que infiero) el encubrir vuestro nombre, y fingir esse despego, os tiene alguna importancia con las que òs estàn oyendo, no quiero apuraros mas; y porque cerca tenemos nuestra casa, os suplicamos, que os quedeis aqui. *Felix.* Mi intento solamente es de ferviros, y por esso os obedezco.

Ana. Muerta voy! ven, Doña Luisa.

Luisa. Passa adelante tu afecto?

Ana. Ya se descubre el cuidado; ven, que despues hablaremos. *Vanse.*

Inès. V, Leonor. *Leon.* Vamos, *Inès.*

Manz. Ego, Reyna. *Inès.* A quièn và esso entre los dos? *Manz.* Yo à una sola, porque me cansè en Marruecos de tener treinta mugeres.

Inès. Fue Muerto? *Manz.* Un poco de tiempo.

Leon. Responde tù à esse Letrado, que yo à jama voy siguiendo. *Vase.*

Inès. Y què quiere? *Manz.* Ya vè ustè yo ando à buscar mi remedio, y ustè me parece cosa.

Inès. Jesus! cò le parezco?

y què cosa? *Manz.* Así, còfita.

Inès. No sea talisongeror: para què me habla tanto?

Manz. Si esto es mucho, quitaremos.

Inès. Y de verdad busca ustè comodidad? *Manz.* De provecho.

Inès. Parecele bien à mia?

Manz. Si ustè dixera rimero lo que dà, pudie fer.

Inès. Yo doy el fular en zelos, las raciones en desahos, en tibiezas, y desahos, à de año en año; y acafo

hay algun gran casamiento, doy librèa de esperanza.

Manz. Y no dà ustè algun enredo, ò chisme para zapatos?

Inès. Cinquenta le darè de esso.

Manz. Jesus, y què rica cosa! digo que en ella me quedo.

Inès. Pues traiga luego su ropa.

Manz. Deme seña, irè luego.

Inès. No tengo mas que essa mano, si basta. *Manz.* Poco dinero;

no le queda à ustè otra blanca?

Inès. Vela aqui. *Manz.* Pues voy con esso, que ya es un maravedi.

Inès. Còmo ha nombre? *Manz.* Yo, Cerezo.

Inès. Cerezo? mirelo bien.

Manz. De arbol es mi nombre, cierto.

Inès. De arbol si, el vedado.

Manz. Muger del Demonio, arredro.

Inès. Por què se espanta de mi?

Manz. Que eres la serpiente pienso, pues has olido el Manzano.

Inès. A Dios, señor embusteros; y crea el señor Manzano,

que aora ha sido camueso. *Vase.*

Manz. No oyes aquesto, señor?

Felix. Què ha sido? *Manz.* Viven los Cielos, que estas nos han conocido.

Felix. Què dices? estàs sin seso?

recienvenidos de Flandes,

còmo es possible? *Manz.* Esso es bueno;

pues si me han dicho mi nombre?

quànto quieres que apostemos,

que eran Doña Ana, y *Inès*

dos de las que aqui estuvieron?

Felix. Doña Ana? estàs sin sentido?

pues estando, como es cierto,

aqui su hermano Don Lope,

havia de hacer el exceso

de estàr de noche, y à pie

fuera de casa? *Manz.* Què riesgo

puede haver en esso, si ellas

viviendo en el Cavallero

de Gracia, à los Capuchinos

quieren venir de secreto

al Miserere encubiertas?

Felix. Vive Dios, que lo recelo,

que la muger que me habló

me pareció de respero;

y en una muger de porte

de-

declararse con un ruego,
fuera gran facilidad,
à no tener fundamento:
Manzano, vamos allà.

Manz. Peral, vamos al momento,
que ellas han sido prudentes
como serpientes en esto.

Felix. Por què? Manz. Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron. *Vanse.*

Sale Don Diego con Musicos.

Diego. Aquí podeis quedaros retirados,
y estén los instrumentos bien templados,
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amoroso fuego)
la musica à cantar mi dicha grandes;
y no se mueva nadie, hasta que mande
mi cuñado tocar los instrumentos,
dando sus dulces voces à los vientos,
porque à mayor trofeo
del que promete, aspira mi deseo,
porque tanto mi amor me tiene ciego.

Musico. Bien puede descuidar, señor D. Diego,
que està famosamente prevenido.

Diego. El contento de ver favorecido
mi amor, me tiene loco;
qualquier festejo à mi deseo es poco,
para significar el alegría
en que me tiene la esperanza mia.
Un año me ha costado este trofeo,
que ha que à Doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
resistiendo desdenes, y durezas,
sin que el Sol viesse claro solo un dia;
y en fin todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio su favor alcanza;
y para mas aliento à mi esperanza,
oy licencia me ha dado
de que la signifique mi cuidado
la musica que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
à quien para su esposo no quisiera.
La seña quiero hacer à la ventana,
pues ya es hora que estè sola Doña Ana,
que à esta hora mi hermana Doña Luisa,
cuya visita el Viernes es precisa,
porque à los Misereres la acompaña,
ya se havrà buuelto à casa: dicha estraña
es la que consiguió porfia, y ruego,
si esposo de Doña Ana à verme llevo.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Esta es la casa, Manzano.

Manz. Y aquella, señor, la rexa,
que de arado para ti
fue, quando andabas tràs ella.

Felix. Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreció la esperanza,
porque aora el fruto se acerca.

Manz. Aora es fruto dichoso,
que à mi tambien se me acuerda
quando sembrabas suspiros,
pero cogias arena.

Felix. Si estàrà su hermano en casa?

Manz. Yo te harè esta diligencia.

Felix. Tente, que hay gente en la calle;
en el umbral de esta puerta
estemos hasta que pasen.

Llegan à la rexa.

Diego. Llegar quiero à hacer la seña.

Felix. Manzano, no vès aquello?

un hombre à la misma rexa
en que yo hablaba ha llamado?

Manz. Calla, señor, que es quènera.

Felix. Còmo quimera? què dices?
no le vès parado en ella?

Manz. Hombre à rexa de tu Dma?
calla, que serà alma en pena.

Felix. Estàs ciego? no lo vès?

Manz. No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.

Felix. Me apuraràs la paciencia.

Manz. Pues si la quiere, y tiene alma,
no andarà en pena por-lla?

Felix. Aguarda, que ya ha abierto.

Abren una ventana, y sale Inès à ella.

Inès. Cè, es D. Diego? D. Si, Inès bella,
la musica prevenida

aquí traigo. Inès. Es es buena; ap.

què seria si Don Jux

aora à la calle viera?

pero yo no he dperder

lo que Don Djo me pecha,

que para todo y ingenio.

Don Diego, à la otra acera

os ponèd para-antar,

que assì mi a lo ordena,

que alli vive otras Damas,

y se equivo- con ellas

de la music- el intento,

para que nadie lo sepa,
que ella la faldrà à escuchar,
para que salga con ella,
y aun se està aqui Doña Luisa:
y assi, aunque Don Felix venga,
no tendrà que sospechar.

Diego. Ya està esta prevencion hecha;
yo voy à decir que canten.

Felix. Manzano, mi muerte es cierta.

Manz. Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dà fruto para todos.

Felix. Respirando estoy un etna.

Manz. Este hombre te ganò el juego,
y por la ventana mesma.

Felix. No ganará si yo puedo.

Manz. Pues cómo quieres que pierda,
si està à truco aventanado?

Salen à la ventana Doña Ana, y Doña Luisa.

Ana. Inès, para qué està abierta
esta ventana? *Inès.* Ay señora!
que dan musica. *Ana.* Pues cierra.

Inès. Calla, que es à las vecinas,
que llaman las Boneteras,
y las galantea un lindo,
que no las dà sino quejas.

Luisa. Oigamosla por tu vida,
Doña Ana. *Ana.* Quieres que entiendan,
que es la musica por mí?

Luisa. Antes saliendo tû à verla,
te aseguras de esta duda,
y quitas la contingencia,
que à quien la musica dan,
siempre las ventanas cierra,
por el recato. *Ana.* Ya estoy
tan lexos de dar sospecha,
que nada me importa: oigamos.

Inès. Mañana tengo pollera,
y fortija, que este canto
yo le harè bolver en piedra.

Diego. Desde ai podeis cantar.

Felix. Musica trae. *Manz.* Señal cierta.

Felix. De qué? *Manz.* De que te habla claro
este hombre. *Felix.* De qué manera?

Manz. Te dà los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.

Felix. De la calle à cuchilladas
los he de echar. *Manz.* Hombre, espera:
à ti qué ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea

à quien como à ti le admite?

Felix. No es posible que èl me ofenda,
no sabiendo que me ofende;
mas si yo con tanta pena
viendolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.

Manz. No es mejor ver en qué para?

Felix. Y dònde està la paciencia?

Manz. Aquí està en los Capuchinos:

aguardemonos fiquiera

hasta que canten las coplas,

y si el estrivillo empiezan,

lacudirlos en la fuga,

para que vayan con ella.

Musica. Ay que me mata, zagales,

la viva estrella de Anarda;

si por estrella la adoro,

mi misma estrella me mata.

Felix. Manzano, esto no es sufrible.

Manz. No me espanto que lo sientas,
que la copla es tal, que à todos
nos hace ver las estrellas.

Felix. Hasta su nombre publica.

Manz. Si ella le ha dado licencia

de que le traiga estrellado,

tû, que lloras su flaqueza,

puedes pasarle por aguas;

mas ya prosiguen, espera.

Musica. Buena mi amor à tus ojos,

mas es tan noble su llama,

que me quema el corazon,

y me perdona las alas.

Diego. Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra,
proseguid mientras yo voy
à reconocer quien sean. *Vase.*

Felix. Manzano, viven los Cielos,

que lo està oyendo à la rexa

Doña Ana, con sus criadas.

Manz. Pues querias que estuviera

rezando, mientras la cantan?

Felix. La venganza de èl, y de ella
he de ocasionar assi. *Llega à la reja.*

Ingrato dueño, si ostentas

tu mudanza, ya la ha visto

quien morirà de la quexa.

Ana. Qué es esto? quèn es este hombre,

que con tanta desvergüenza

llega? *Inès,* habla conmigo?

Felix. Contigo hablo, ingrata bella.

Ana.

Ana. No os dixe yo, que este riesgo tiene el salir à la rexa? debe de ser loco esse hombre; vamonos de aqui: Inès, cierra. *Vanse.*

Felix. Vive el Cielo, que me ha dado, por satisfacerle, atenta, con la ventana en la cara.

Manz. Mucho peor ser pudiera.

Felix. Que darme con la ventana en los ojos? *Manz.* Cosa es cierta; pues peor huviera sido que te diera en la cabeza.

Felix. Pues en èl me he de vengar.

Sale D. Diego. Amigos, la Ronda es esta, cessad aora, que yo tengo riesgo, si aora me encuentra: venios tràs mi retirando, y aprisa, porque se acerca.

Musico. Yo con el harpa no puedo correr, y alcanzarme es fuerza.

Diego. Raro empeño! pues dexar estos hombres, es baxeza, si los aja la Justicia: un hombre viene, y es fuerza valerme de èl, sea quien fuere, para que aqui no me pierda. Cavallero? *Felix.* Si lo foy, què quereis? *Diego.* Siendolo, es deuda en vos amparar à quien de vos à valerse llega:

yo hice en esta misma calle anoche una resistencia à la Justicia, y aora buelve por la calle mesma solo à buscarme, sin duda, con que retirarme es fuerza, por no ser reconocido: yo os suplico, que si llega, ampareis vos à estos hombres, y hagais la musica vuestra, para que no los ultrajen, pues nada en esto se arriesga para vos; y à Dios, que vienen.

Felix. Oid, escuchad. *Dieg.* Ved que llegan, y no puedo detenerme. *Vase.*

Felix. Que aquesto aqui me suceda! yo quedo obligado à hacerlo.

Manz. Al que te ofende esso intentas? mas que el demonio se lleve los Musicos, y los meran

en un cepo de patillas.

Felix. Amigos, el tono, y letra profeguid, y sin cuidado cantad, que aunque despues sea forzoso reñir con èl, aora debe mi nobleza ampararle, pues de mi se valiò. *Manz.* Muden el tema, y pues cantan por mi amo rabiando coplas muy nuevas.

Musica. Solo es llama, porque alumbra, pues sin consumir, regala, y crece mas la materia, que mas en ella se abraza.

Salen los mismos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.

Homb. 1. El fin duda es de este barrio, y hallarle aqui es cosa cierta: y vive Dios, si le hallamos, que hemos de vengar la afrenta de haver huido esta noche, pues con la industria supuesta de fingirnos la Justicia, podemos, sin que se entienda, reconocerlos à todos, hasta hallarle por las señas.

Homb. 2. Musica están dando aqui.

Homb. 1. Dexadme llegar à ella: Cavalleros, la Justicia.

Felix. Sea muy en hora buena.

Homb. 1. Y quien diremos de ustedes?

Felix. Gente que no hace molestia, pues un Cavallero es, que por su gusto festeja con esta musica el barrio.

Homb. 1. Y à què intento?

Manz. Linda flemas à una Dama que aqui vive, y por ser muy pedigueña, se la damos por sangria, por no darla de cabeza.

Homb. 1. Lleguemos à conocerles y quien es quien la festeja?

Felix. Ya he dicho que un Cavallero.

Homb. 1. Un Cavallero es respuesta?

Felix. Esse es mi nombre.

Homb. 1. Esso es bueno.

Manz. Y de pila: es estrañeza, si se bautizò en Olmedo?

Homb. 1. Largue las armas, què espera? *Felix.*

Felix. Sobre què? *Manz.* Pues effo dudas?
serà sobre su cabeza.

Homb. 1. Largue la espada. *Manz.* No larga,
fino corta. *Felix.* A effa insolencia
se responde de este modo,
que no es Justicia quien llega
con aqueſſa demasia.

Manz. Señor, que hay muchos, aprieta.

Homb. 1. El es, amigos, matadle.

Manz. Antes ciegues, que tal veas.

Musico. Vamonos de aqui nosotros. *Vanſe.*

*Metenlos à cuchilladas, y ſalen Doña Luíſa,
y Leonor.*

Luíſa. Ay Leonor, que yo voy muerta!
por entre dos mil espadas
hemos paſſado. *Leon.* Què pena!
gota de ſangre, ſeñora,
no me ha quedado en las venas.

Luíſa. Gran yerro fue no admitir
que à acompañarnos vinieran
los Criados de Doña Ana;
y aora bolver es fuerza
à pedirlos que nos lleven
haſta caſa. *Leon.* La pendencia
es enfrente de ſu caſa,
y es peor bolver à ella.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. La colera de mis zelos
deſpique en ſu deſvergüenza.

Manz. Siete cabezas à uno
le rompi. *Felix.* De què manera?

Manz. Porque iba alli cierto amigo,
que llaman ſiete cabezas:
mas à què buelvas aqui?

Felix. A que, aunque la vida pierda,
ha de entender eſta ingrata,
que he ſabido ſus ofenſas.

Manz. Pues què ſe le dà à la otra?

Felix. Vè, que he de entrar aunque muera.

Luíſa. Azia aqui vienen dos hombres,
valernos de ellos es fuerza.

Cavalleros, aqui acaba
de haver aora una pendencia,
y vamos, como mugeres,
con temor: por vida vueſtra,
que os ſirvais, en cortesia,
de acompañarnos, que cerca
eſtà de aqui nueſtra caſa.

Felix. Manzano, has viſto tal tema
de eſtorvarme la fortuna,

que hablar à eſta ingrata pueda?

Manz. El diablo te lo embaraza,
porque es hacer penitencia.

Felix. Señora, la obligacion
de ſerviros es primera:
vamos luego à vueſtra caſa.

Manz. Si uſtedes dieran licencia,
que dieramos un auiſo
aqui, porque nos eſperan,
luego iremos con mas guſto.

Luíſa. Si no tardais, norabuena.

Manz. Eſſo tres horas, ò quatro;
mas la noche es algo freſca,
y aqui pueden paſſearſe.

Felix. Anda, loco. *Luíſa.* A mi me peſa
de eſtorvaros. *Felix.* El ſerviros
es la mayor conveniencia.

Luíſa. Yo vivo aqui à Calatrava.

Felix. Vamos muy en hora buena.

Luíſa. Leonor, Don Felix es eſte:
cierta ha ſido mi ſoſpecha.

Manz. Yo temo, que hemos de hallar
otra aventura tràs eſta. *Vanſe.*

Sale Don Lope.

Lope. Dos horas ha que mi amor
aqui à Doña Luíſa eſpera,
y por no errar el camino,
porque puede ſer que buelva
por parte que yo la yerre,
no he ido à mi caſa, donde ella
fue eſta tarde con mi hermana,
y ya no es hora en que pueda
detenerſe allà en mi caſa:
què de dudas, y quimeras
eſtà un hombre imaginando,
que eſperando ama, y recela!

Salen Inès con ſerenero, y dos Criados.

Inès. No ha venido Doña Luíſa
à ſu caſa, la pendencia,
ſin duda, la ha detenido,
pues ſucedio al ſalir de ella.

Lope. Gente ſale de ſu caſa:
criados ſon, no me vean,
aqui eſtarè retirado.

Inès. Demos à caſa la buelta,
mas eſpera, que aqui viene;
dos hombres vienen con ella,
ſerà ſu hermano Don Diego,
que eſtaba allà à la hora meſma,
ò Don Lope mi ſeñor.

*Se en Doña Luisa, Don Felix, Leonor,
y Manzano.*

Luisa. Mi casa, señor, es esta,
mucho favor me haveis hecho.

Felix. Lleguemos hasta la puerta.

Inès. Señora? *Luisa.* Inès, pues tû aquí?

Inès. Pardiez esta duda es buena;

pues no salimos tràs tî

en oyendo la pendencia?

mî señora me mandò,

que luego tràs tî viniera

con este criado nuevo,

que nunca tu casa acierta,

porque quedò con gran susto

de verte entre la refriega.

Luisa. Mucho te lo estimo, Inès,

que Doña Ana es tan atenta,

que se debe esse cuidado.

Inès. Tû no supiste quièn era

el de la musica? *Luisa.* No.

Inès. Pues tu hermano hacia la fiesta.

Luisa. Mi hermano? què es lo que dices?

pues Don Diego à quièn festeja

en tu calle? *Inès.* A mi señora.

Felix. Manzano, mas evidencias.

Manz. No es muy mala esta noticia.

Luisa. Mi hermano? *Inès.* El la galantèa:

pero por amor de Dios,

que en esto hagas la deshecha,

sin darte por entendida,

que me tendrà por parlera;

pero yo no te lo he dicho,

fino para que lo sepas.

Què me hacia este secreto *ap.*

à mi acà dentro? què sea

yo tan ligera de pico!

maldita sea mi lengua.

Luisa. Inès, de lo que mi amiga

no me quiere à mi dâr cuenta,

no es bien que yo me la tome:

à Doña Ana esta fineza

le agradece de mi parte,

que yo segura, y contenta

vine à mi casa, pues quiso,

acompañandome à ella,

venir este Cavallero.

Felix. De mi obligacion fue deuda.

Manz. Y parienta de la mia.

Inès. Què miro! segun las señas, *ap.*

Don Felix es, y Manzano:

cierta ha sido la sospecha
de mi ama. A Dios, señora.

Luisa. A Dios. *Inès.* Hijos, vamos de esta;

chisne llevo que contar,

ya la boca me hormiguea. *Vanse.*

Lope. Cielos, yo estoy sin sentido!

dos hombres vienen con ella.

Luisa. Cavallero, agradecer

lo que de vuestra nobleza

es blason, es escusado.

Felix. Siempre que à vos se os ofrezca

serviros de mî, hallarèis

en mi pecto esta obediencia.

Luisa. Guardeos Dios, que bien lo creo

de vuestra atencion discreta,

y tambien creo el valor.

Manz. Compañia de ahorcado es esta,

pues os quedais en el Credo.

Leon. Ya sacan luces. *Luisa.* Pues entra. *Vanse.*

Lope. Sin mî estoy! conocerèlos

si aqui la vida me cuesta.

Felix. Manzano, pues ya ha quedado

sin embarazo mi quexa,

bolvamos, que aun he de vèr

si hallo este alivio à mi pena.

Manz. Si havrà aora otro embarazo?

Felix. Vive Dios, que aunque le huviera

he de ir allà. *Lope.* Cavallero?

Manz. Vele aqui al pie de la letra,

dexando uno, y tomando otro:

hombre, eres Sastre, que llegas

tan tomada la medida?

Felix. Quièn es?

Lope. Quien con vos se engaña,

y quiere por un error

saber quien sois. *Manz.* Mi señor

desciende de la montaña.

Felix. Y à què efecto? *Lope.* Aqueffa Dama

con quien venisteis, me obliga

à què os conozca, y os siga,

y sepa à què intento os llama.

Felix. Pues yo à nadie, en caso tal,

satisfago. *Manz.* Y puede creer,

que por no satisfacer,

me dà à mî de comer mal.

Felix. Lo que yo os puedo decir

es, que soy un Cavallero,

lo demás no. *Lope.* Pues yo espero

saber quien sois, ò reñir.

Felix. Lo segundo està seguro,

mas

mas no tanto lo primero.

Lope. Pues yo, si sois Cavallero, aquí averiguar procuro quien sois; si la empresa es vana, que he de reñir entendid.

Manz. Digo, y passarála usted por una abuela villana?

Felix. Pues baxemonos al Prado, que esso es mejor para allí.

Lope. No me he mover de aquí, sin salir de este cuidado.

Felix. Porque ir allá solo espero, lo digo. *Lope.* Reñid los dos.

Felix. Pues vete tú. *Manz.* Bien, por Dios.

Felix. Vete, villano. *Manz.* No quiero.

Felix. Qué es no?

Manz. Pues con qué conciencia te he de llevar la racion,

si te dexo en la ocasion, que tienes una pendencia?

Lope. A mí no me se dà nada; sacad los dos los aceros.

Salen Don Diego, y Martin.

Diego. Qué es aquesto, Cavalleros?

Lope. Valgame el Cielo! ya nada, habiendo llegado vos.

Este Cavallero aquí,

recelè que iba tràs mí,

repuntamonos los dos,

sin causa que importe fama,

quiso aquí reñir conmigo:

consentid en lo que digo, *A Felix ap.*

que es hermano de la Dama.

Felix. Es la verdad, así fue; mas la culpa tuve yo.

Manz. Por menos que esso murió el quinto hombre que matè.

Diego. Mucho he estimado el venir à estorvaros la intencion, que por tan poca ocasion no fuera justo reñir:

señor Don Lope, mi casa

sabeis que es vuestra; y de vos,

Cavallero. *Lope.* Guardaos Dios,

que esto adelante no passa.

Si vos sois tan Cavallero, *A Felix ap.*

que esso será cosa llana,

à las seis de la mañana

junto à San Blàs os espero.

Felix. Bien està. *Lope.* Señor Don Diego,

quedad con Dios.

Vase.

Diego. El os guarde.

Felix. Para mí tambien es tarde.

Diego. Que vos conozcais, os ruego, mi casa, pues de ella espero, que os sirvais en ocasion.

Felix. Yo os estimo la atencion.

Diego. Mas esperad, Cavallero.

Manz. Es otra? *Diego.* Por el vestido aora os reconocí:

vos sois de quien me valí,

y me haveis favorecido

esta noche; y pues sois vos,

aquí conoceros debo.

Felix. No saltará empeño nuevo,

que nos juntará à los dos:

yo os buscarè en mas fazon.

Diego. Vos à mí? *Felix.* Bien puede ser.

Diego. Puedo el motivo saber?

Felix. En llegando la ocasion.

Diego. Pues quèn sois saber espero?

Felix. Un Cavallero. *Diego.* Y el nombre?

Felix. Este basta para un hombre;

no soy mas que un Cavallero.

Diego. Basta; apuraros no quiero,

pues lo callais; guardaos Dios.

Felix. No os dè cuidado, que à vos os buscarà el Cavallero. *Vase.*

Diego. Martin, figuele.

Mart. Eslo quiero. *Vase.*

Manz. Quiere usted saber quien es?

Diego. Me hareis favor. *Manz.* Oiga, pues.

Diego. Quièn es este? *Manz.* Un Cavallero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Buelvere tú desde aquí,

que porque las cinco son,

y à las seis es la ocasion,

que llegaras permiti.

Manz. Saber, señor, de tí espero,

por què tanto has madrugado?

Felix. Porque riñe aventajado

quien sale al campo primero.

Manz. Si te quisiere matar

algun enemigo fiero,

madruga, y mata primero,

dice un adagio vulgar:

mas en caso tan incierto,
vive Dios, que es en verdad,
valerosa necesidad
madrugar uno à ser muerto.

Felix. Asentado es lo primero,
que ir antes al desafío,
es ser con la ley del brio
mas cabal un Cavallero.
Lo segundo, es necesario
creer, que indiciar temor,
es aumentar el valor,
y la fortuna al contrario;
porque si mi cobardía
hace su brazo mas fuerte,
es apresurar mi muerte
de su parte, y de la mía:
Luego es cierta consecuencia,
que en tal caso la osadía,
aun mas que à la bizarria
se debe à la conveniencia.

Manz. Desafío à otro un Portuguès,
y le esperaba en un monte,
que el subir à su horizonte
cansara à un gato montès.
Llegò allà el desafiado,
muerto del passo prolixo,
y en viendo al contrario, dixo,
molido, y desalentado:
Yo no me puedo mover,
para què me llamò aqui?
y èl respondiò: Porque así
teño menos que hacer.
Tù no has dormido, à mi vèr,
por venir temprano acá;
pues si vienes muerto ya,
què tendrà el otro que hacer?

Felix. Las obligaciones mías
no andan bien, sino à este passo.

Manz. En el reñir està el caso,
no en estas filoterias:
y Dios, señor, me es testigo,
que saldrè yo por mi honor
à reñir con un Doror,
que es el mas fuerte enemigo:
mas si à tal hora, señor,
me llamàran con desdèn,
havia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir de espacio, y no à para,
y le havia de matar

à puro hacerle esperar,
que es la cosa que mas mata.

Felix. No es bien hacerle esse ultrage
al que al campo me sacò.

Manz. Pues à què me combidò,
para que yo le agassaje?

Felix. Tu buen humor maravilla;
vete ya sin responder:
ya sabes lo que has de hacer.

Manz. Aqueſso està de cartilla,
callar, y irme de camino,
por si fueres mal parado,
teñerte allí aparejado
huevos, paños, y buen vino;
que esto no se puede errar,
aunque tengas mas ventura,
pues si no es para la cura,
servirà para almorzar.

Felix. Vete. *Manz.* A encomendar à Dios
al otro voy, y passo à passo,
por si Dios quisiere acaſo
llevarse à uno de los dos.

Felix. Pues èl, por què mas te mueve
à esse ruego tan fiel?

Manz. Para que le lleve à èl,
y tambien para que lleve. *Vase.*

Felix. Nunca conocí al temor;
pero esperar à reñir
con lugar de discurrir,
es la accion de mas valor.
Un hombre viene àzia allí,
poner la mascara quiero.

Cubrese el rostro, y sale Don Lope.

Lope. No sè si vengo el primero,
pues està ya un hombre aqui:
pero que no es èl infiero,
pues con mascarilla està.

Felix. Pues no llega, no serà
aqueſte hombre el que yo espero.

Lope. Pero si èste se està aqui,
nos puede el lance estorvar.

Felix. Mas si èste aqui se ha de estàr,
puede presumir de mî,
que conmigo le he traído;
pedir que se vaya quiero:
esto ha de ser. *Lope.* Cavallero,
yo à esperar aqui he venido
una Dama, y si los dos
estamos aqui, al llegar,
con vos se ha de embarazar;

y os suplico, que si à vos
no os importa, de aqui os vais,
pues en este empeño estoy.

Felix. Antes pienso yo que soy
essa Dama que buscáis.

El citaros para aqui
en la calle de Alcalá,
no fue anoche? *Lope.* Bien está;
mas cómo venís así?

Felix. La máscara reparais?

Lope. Si reparo; pues infiero,
que no es ley de Cavallero,
ni al buen duelo os ajustais.

Felix. Pues escuchad la razon,
que ni la ley se atropella,
ni dexo en esta ocasion
de cumplir mi obligacion
muy ajustado con ella.
Ningun hombre à pelear
puede salir embozado,
porque se puede arriesgar
à que alguien pueda pensar,
que el no fue el desafiado.
Yo, en tal duda, es cosa clara,
que no incurro, pues es cierto,
que ignorandome la cara,
la misma duda os quedàra,
si saliera descubierto.

Supuesto esto, y asentado,
que lo que se pide en duelo,
no ha de hacer el que es honrado,
quando està desafiado
un hombre, sobre recelo,
si aunque sea por desdèn,
antes del duelo, hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.

Vos al campo me sacais,
por conocerme atrevido,
si encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conseguido.

Y quiero en esta ocasion,
pues puedo cubirme atento,
sin arriesgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
sin lograros el intento.

Lope. No salis igual así.

Felix. Antes igual he salido;

la causa que os trae aqui,
desconocido os la di,
y falgo desconocido.

Lope. La intencion tiene estrañeza
mas aguda, y bien pensada.

Felix. Pues hable ya la destreza,
y hallaréis mas agudeza
en los filos de mi espada. *Riñen.*

Lope. El nombre de Cavallero
desempeñais bien, por Dios.

Felix. En todo mostrarlo espero.

Lope. Tened, que perdí el acero.

Felix. Bolved à cobrarle vos.

Lope. Herido, lo intento en vano.

Felix. Que yo os le alcanzàra es llano,
mas fuera accion desairada,
que en el campo vuestra espada
no està bien en otra mano.

Lope. Con un dedo menos quedo.

Felix. Podeis reñir? *Lope.* Ya es en vano,
y por aora no puedo,
no por la herida del dedo,
que sana tengo otra mano:
y quando herida quedàra
tambien estotra, y la herida
tomar la espada estorvara,
con los dientes la tomàra,
hasta rematar la vida;
que nunca en mi bizzarria
tener la mano passada
causa à no reñir daria,
fino la galanteria
de dexarme alzar la espada.

Felix. Pesame, que esteis herido,
quando sin esso esta accion
pudiera haver sucedido,
porque yo solo he venido
à cumplir mi obligacion:
que padece mucho engaño
quien piensa que es valentia
solo herir; mas yo lo estraño,
pues para mi bizzarria,
no he menester vuestro daño:
ataros quiero en la mano
este lienzo. *Lope.* Ya no espero
dudar quien sois, pues es llano,
que tan noble cortesano
bien se llama el Cavallero.
Mas siento ir tan obligado
de vos, porque aunque esta accion,
en

en quanto al lance passado,
cessa aqui, me hallo forzado
à buscar nueva ocasion;
porque yo quiero à la Dama
con quien os vi, y de este empeño
no se ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que sospecho,
siempre que con ella à vos
os encuentre, à mi despecho,
si no quedo satisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendré esta razon
mientras mi duda os ignora.

Felix. Perdeis la satisfaccion,
que sin esta condicion
os pudiera dar yo aora;
porque habiendo yo reñido,
desengañaros pudiera,
mas habiendo prometido
reñir, pensará qualquiera,
que por escusarlo ha sido.
Y pues esso prometeis,
si me hallais en esse extremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedeis,
porque no penseis que os remo.

Lope. Mas por lo passado ya
quedamos los dos amigos.

Felix. Hasta aqui ajustado está,
despues el tiempo os dirà
si hemos de fer enemigos.

Lope. A Dios. *Felix.* A Dios: feliz duelo!

Lope. Mas ois, yo, por si acaso,
foy Don Lope Enriquez. *Felix.* Cielo,
ya à mayor silencio apelo, *ap.*
pues por su hermana me abraço:
yo, por lo dicho, no quiero
decir quien soy. *Lope.* Quando os tope
otra vez saberlo espero;
y à Dios, que yo soy Don Lope.

Felix. Pues yo soy un Cavallero. *Vanse.*
Salen Doña Ana, è Inès.

Ana. Inès, yo estoy sin alma, y sin sentido,
que no solo Don Felix ha venido
sin haverme avisado,
fino que enamorado
de Doña Luisa, olvida mis finezas.

Inès. En esso pàran todas las bellezas,

que llegan à querer, señora mia.

Ana. A fè, Inès, que mi amor no merecia
el desprecio que lloro,
que aun ofendida, su traicion adoro:
mas què puedo yo hacer?

Inès. Pues te provoca,
la ocasion tienes à pedir de boca:

Don Diego no te quiere? amale luego.

Ana. No me hables en tu vida de D. Diego,
que no podrè escucharte tan sufrida,
si otra vez me le nombras en tu vida.

Inès. Zape, aun no està en estado; *ap.*
mas yo pagué un bolsillo que me ha dado,
que Dios sabe de aquesta diligencia,
que la hago por cumplir con mi conciencia.
Pues, señora, si en esso estás vengada,
tu hermano no te tiene ya casada?
aunque ignores tu esposo, haya mudanza,
y casate con èl. *Ana.* Buena venganza;
tengo la culpa yo de este enemigo,
que quierres que me diera esse castigo?

Inès. Pues què puedes hacer, quãdo èl se muda?
Ana. Valerme del focorro de la duda.

Inès. Duda aqui; quando tù fuiste testigo
de todo el lance que passò conmigo,
y yo de que èl la estuvo aqui esperando,
y la fue hasta su casa acompañando,
y ella muy satisfecha, y muy mirrada,
me dixo: Inès, yo vine assegurada
con este Cavallero, y por testillo,
se me ahuecò la boca con tonillo;
y èl la dixo: esta es deuda en mi cuidado;
à que ella respondiò: ya està pagado?

Ana. Pagado dixo? Inès, sin alma vivo!

Inès. Y le quiso mostrar alli el recibo:
nunca los cuentos tienen sal bastante, *ap.*
si no añade un poquito el relatante.

Ana. El corazon me abraça una centella.

Inès. De quien yo me vengàra, fuera de ella.

Ana. Pues què culpa ha tenido Doña Luisa,
si mi amor mi recato no la avisa,
y ya es tarde? esta pena me atribula!

Inès. Ay, señora! tu hermano. *Ana.* Disimula.
Sale Don Lope. Doña Ana?

Ana. Hermano: ay Dios! pena crecida!
què tienes en la mano? *Lope.* Es una herida,
no cosa de importancia, que me dier on
aora en un disgusto.

Ana. Ay Dios! quièn fueron?

Lope. Tú, Doña Ana, pues ya de mi amor sabes,
que

que de ti fio yo cosas mas graves,
no importará que sepas este empeño:
Doña Luisa, no sé si ingrato dueño,
que aun no está la verdad averiguada,
vino à su casa anoche acompañada
de un Cavallero, que con un criado
hasta su puerta fueron à su lado.

Quise reconocerle, mas fue en vano;
al intentar reñir, vino su hermano,
desafiéle entonces en secreto,
salimos oy al campo, y en efeto
anduvo tan bizarro, y tan brioso,
que concluir el duelo fue forzoso,
quedando yo allí herido,
y sin poder haverle conocido.

Ana. Inès, ya yo del todo desespero,
y no tengo sentido sino muero.

Inès. Tomate esta, señora, y yo me alegro,
que aora havia yo de amar à un negro,
quanto mas à Don Diego, que te adora.

Ana. Si oy salisteis al campo, no fue hora
de conocerle con la luz que brilla?

Lope. No, que salió à reñir con mascarilla,
que en mi vida oí cosa tan estraña.

Inès. Sacastele à danzar à la campaña?

Lope. Lo que de él saber pude, fue primero,
que solo era su nombre un Cavallero.

Ana. Inès, yo estoy penando en un abismo.

Inès. A nosotras nos dió con esto mismo;
flor nueva traen de Flandes los galanes,
havrà venido entre los tulipanes.

Dentro Don Juan.

Juan. Ha de casa está acá el señor D. Lope?

Ana. Inès, mira quien es.

Inès. Ya hace su entrada.

Lope. D. Juan de Toledo es, no importa nada
que estés tú aquí. Don Juan?

Sale Don Juan. El Cielo os guarde,
y à vos, señora: yo desde ayer tarde
à mi hijo Don Felix esperaba:
él no ha venido aun, y aora acaba
un camarada suyo de avifarme,
que de oy pasar no puede su llegada,
porque ante ayer quedaba à una jornada:
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy à recibirle oy al camino,
y à que me acompañeis solo he venido.

Lope. Esto en mi obligacion es ya debido,
è irè gustoso allá, por conocerle;
mas advertid, que pues no haveis querido,

que le diga à mi hermana, como ha sido
vuestro hijo con quien está casada,
hasta que aquella muerte esté ajustada,
porque no se presume su venida,
y de esto nazca el riesgo de su vida,
es bien callarlo hasta que esté presente.

Juan. Vos obraréis en esto cuerdate.

Lope. Vamos, señor Don Juan.

Juan. Guardeos el Cielo. *Vase.*

Ana. Inès, mas evidencias al recelo;
mira si desde allí viene prendado,
pues no ha visto à su padre.

Inès. El te ha engañado.

Lope. Siendo para tu dicha, sabe, hermana,
que tu esposo tambien viene mañana.

Ana. Cómo el esposo mio?

pues, Lope, yo nací sin alvedrio?

Lope. No buelvas à la réplica pasada,
porque mañana has de quedar casada. *Vase.*

Ana. Inès, has visto la desdicha mia?

Inès. Parece que te afligen à porfia. *(Sencía,*

Ana. Quando está aqui D. Felix, tràs su au-
que me puede amparar de esta violencia,
quiere à otras fortunas mas violentas?

Inès, saca los mantos.

Inès. Pues qué intentas?

Ana. Sacalos luego. Inès. Voy à obedecerte.

Ana. Aunque esto sea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir à saber de Doña Luisa.

Inès. No dirás, que no sirvo bien aprisa.

Ana. Ponmele luego. Inès. Dónde vás, señora?

Ana. A ver à Doña Luisa voy aora,
y à salir de una vez de mis desvelos.

Inès. Haces muy bien, salgamos de estos zelos,
que por Manzano yo tambien me abraço:
pues qué uñas llevo yo, para si acaso!
yo sé, que à la Leonor, si se las hincó,
la harè saber muy bien quantas son cinco.

Sale Manz. Jesus, y qué peligro, si él repara!
al hermano encontramos cara à cara.

Ana. Quién es?

Manz. Quien, porque un riesgo ha desviado,
entra diciéndo, sea Dios loado.

Inès. Señor Manzano el de la espada floja?

Manz. Tú has conocido el arbol por la hoja.

Ana. Inès, yo estoy turbada: cómo ha sido,
ò por qué à entrar aqui te has atrevido?

Manz. Riesgo es, donde hay hermanos tan re-
mas la fortuna ayuda à los audaces. *(naces,*
Don Felix mi señor pide licencia

pa-

para reñir contigo una pendencia,
que anoche fue de aquí descalabrado;
mas yo pienso, por bien acuchillado,
que venir à reñir zelos de ausencia,
es pedir cura, en tono de pendencia.

Ana. Y dònde està Don Felix?

Manz. Aquí viene.

Ana. Si entra mi hermano, gran peligro tienes,
avisa para que se vaya. (nc)

Inès. En la puerta me pongo de atalaya.

Sale Don Felix.

Felix. Despues de un año de ausencia,
y mil siglos de temor,
buelvo à tus ojos, señora,
no el que fui, sino el que soy:
no à ponderar la fineza
de mi errado corazon,
que abreviò el camino en alas
de su mentido favor,
ni à quejarme de haver visto
otro mas feliz que yo;
que olvidarme por el digno,
no es culpa, sino eleccion.
No vengo, pues, à quejarme,
que he menester mi passion
para morir, y en la quexa
se desvanece el dolor.
Solo à darte el parabien
vengo aquí del nuevo amor,
que siendo tuyo, es preciso
ser digno de tu atencion.
Yo le vi anoche, y al verle
me precipitò el furor;
que al estrenar una hoja,
no es mucho errar una voz.
Mas despues, bolviendo en mí,
conoci, que querer yo
dexarte sin alvedrio,
fuera tirana razon.
Lo que fuera justa quexa,
fuera fingir el favor,
si haviendo de amar à uno,
nos engañaras à dos.
Esto en ti no lo presumo,
que es tal mi veneracion,
que imagino mi desdicha,
por no presumir tu error.
Lo que he visto, y lo que creo,
es, que si mi dicha era flor,
muriò al saltar de tus ojos,

por el ausencia del Sol.
Con la gala de tu gracia
pude merecer tu amor,
perdila; pero sin culpa,
fue desdicha, agravio no:
que la gracia que me hacia
digno de tu estimacion,
fue gracia, y pudo negarla
la deidad que me la diò.
Mi sentimiento, y mi quexa,
solo à mi estrella la doy,
que quedar sin quexa un triste
fuera exceso del rigor.
Y pues para mi tormento
tengo bastante razon,
pues no puedo de quexoso,
de infeliz à morir voy.
Yo morirè, dueño (ay Cielos!)
dueño dixè? sin mí estoy;
dueño mío iba à decir,
fue osadia; pero no,
que si ya para adorarte
no he menester tu favor,
aunque la ultrajes, no puedes
esforvar mi adoracion.
Yo morirè; y por si acafo
fue industria en tu indignacion
levantarme, para hacer
mi precipicio mayor,
yo te lograrè la industria,
y veràs en mi afliccion,
que muero de mi fineza,
primero que del dolor.
Y con esto, à Dios, señora,
que ya que el alma la viò,
quiero morir, mas no oir
la sentencia de tu voz.

Ana. Señor Don Felix; oid,
escuchad: valgame Dios!
si haveis dicho, y yo os he oido,
oid, que aora entro yo.

Manz. Gran cosa es ver dos amantes,
que como dos monos son,
que quando llegan à riña,
muy armados de furor,
se tocan, y no se muerden,
y luego juegan los dos.

Ana. Primero, señor Don Felix,
que os responda, seais vos
muy bien venido, que al veros
mil

mil parabienes me doy.
 Y aora bolviendo al caso,
 en quanto si quiero yo,
 si olvido, ò si favorezco
 otro mas digno que vos,
 no replico, porque sè
 de esta industria la intencion,
 y por fingida os respondo
 con vuestra misma razon.
 Si vos intentais dexarme,
 y à effo os mueve otra aficion,
 què necesidad teneis
 de fingir que os dexo yo?
 Vos decís, que en mi el mudarme
 no es culpa, sino eleccion;
 pues lo que no es culpa en mi,
 por què puede serlo en vos?
 Luego si podeis, sin culpa,
 mudarós, pues libre sois,
 què mejora la mudanza,
 vestida de esse color?
 Demàs de que, què embaraza
 à un galàn, que sin temor
 con tres hombres en la calle,
 por su Dama se empenò?
 Que despues la fue figuiendo,
 y esperando su atencion
 que saliesse de una casa,
 à la suya la llevò.
 No digo que era la mia,
 que hace el desprecio mayor,
 ni que yo venia à su lado
 quando por ella riñò,
 ni que ella era Doña Luísa,
 porque en materias de amor
 esto de nombrar las partes
 es muy gran desatencion.
 Y para que estas sospechas
 se desmientan, si lo son,
 ir por ella à un desafio,
 herir al competidor;
 que como èl era mi hermano,
 y tan recatado vos,
 viniendo herido à mi casa,
 no pude saberlo yo.
 Y puesto, señor Don Felix,
 que esto no os embarazò,
 lo que no fingís ayer,
 para què lo fingís oy?
 Què teme en mi esta cautela,

si se mudò vuestro amor?
 yo de vos quexarme puedo;
 pero remediarlo no.
 Si es querer que no me quexe,
 por conocer mi razon,
 suponerme este delito,
 no es escusarme el dolor.
 Señor Don Felix, si es culpa
 la mudanza, ò si es traicion
 el fingirme à mi culpada,
 no os libra à vos de traidor.
 Que tenga razon mi quexa
 no os estorva vuestro amor;
 y pues no tengo otro alivio,
 no me quiteis la razon.
 Yo todas mis esperanzas
 tenia puestas en vos,
 mas ya solo las tendré
 en mi desesperacion.
 Mi hermano, señor Don Felix,
 casada me tiene, y oy
 el ultimo plazo ha sido
 que dà à su resolucion.
 Mas lo que yo os aseguro,
 ofendida como estoy,
 es, que he de morir primero,
 que à otro dè mi corazon:
 porque si vuestra mudanza
 es liviandad, no es razon
 el ver en vos un delito,
 para cometerle yo.
 Ni esto es querer obligaros,
 porque la palabra os doy
 de sacarme antes los ojos,
 que tenerlos para vos.
 Esto es daros à entender,
 que yo siempre soy quien soy,
 aunque vos seais ingrato;
 idos aora con Dios.

Felix. Doña Ana, detente, escucha.

Sale Inès alborotada.

Inès. Ay señora! muerta estoy!
 mi señor ha buuelto à casa,
 todo perdido el color,
 y las puertas ha cerrado,
 que quando Manzano entrò,
 los debió de ver sin dudas;
 aqui nos mata à las dos.

Ana. Ay de mi! señor Don Felix,
 si aqui aora (muerta estoy!)

C

cf-

escondéos en mi quarto.

Felix. No puedo esconderme yo, morir, y ampararte, si.

Manz. Pues yo me escondo, señor, que tengo azar con hermanos, y todos pienso que son descendientes de Cain.

Felix. Tente, villano. *Manz.* Eflo no, que tiemblo de la Hermandad, porque he sido salteador. *Vase.*

Ana. Para que ampareis mi vida os lo suplico, señor, si veis que tengo peligro.

Felix. Para esse empeno aqui estoy. *Retir.*

Al paño Lope. Por mas que dissimulé la pena, y la turbacion, no pude apartar de mí à Don Juan; sin duda viò los dos hombres, que aqui entraban quando salimos los dos, y no ha querido dexarme: mas de aqui nadie salió, y està cerrada la puerta, aora sibrè quien son. *Sale.*

Hermana? *Ana.* Yo estoy sin alma!

Lope. Quando yo salía vi dos hombres, que entraron aqui: dònde están? *Ana.* Yo (muerta estoy!) hombres, Lope? yo, tú, quando:-

Lope. Ya es prueba tu turbacion de mi afrenta, y tu delito.

Ana. Què es lo que dices, señor? hombres aqui? à hablar no acierto!

Lope. Yo los vi, no fue ilusion; y aunque pueda ser tu esposo alguno, aqui, vive Dios, los he de matar contigo.

Ana. Lope, mira:- *Lope.* Eflo es error: mas todo effo es perder tiempo: de este modo à tu trucion le he de quitar la salida: yo lo verè: sin mí voy! *Vase.*

Ana. Ay Inès! què hemos de hacer? la puerta al quarto cerrò.

Inès. La traspuerta del Jardin està abierta, echemoslos por ella presto, señora.

Ana. Bien dices: *Felix.* Señor, *Sale.* por la puerta del Jardin te puedes ir. *Felix.* Eflo no,

viendo tu riesgo, no puede saltarte aqui mi valor.

Ana. Vete luego. *Felix.* Eflo es locura.

Ana. Vete, y mira por mi honor.

Felix. Dexando à riesgo tu vida, no lo he de hacer, vive Dios.

Ana. Pues aqui què medio cabe?

Felix. Ponerte en salvo. *Ana.* Eflo no, que primero he de morir.

Felix. Pues lo mismo dirè yo.

Dentro Don Lope.

Lope. Traidor, en vano te escondes.

Inès. Ay, que à Manzano encontrò!

Felix. Entrarèle à defender.

Ana. Tente, Don Felix, por Dios, que aqueflo es perderlo todo.

Felix. Ya detenerme es peor.

Ana. Don Felix, libra mi vida, que aunque sea indigna accion, donde todo està perdido, este es el daño menor.

Sale Manzano. Señor, que viene tràs mí.

Inès. Presto, señora, por Dios, que nos cortan. *Ana.* Vè delante.

Inès. Hermanitos, afuson.

Ana. Mira, que hay golpe en la puerta, Don Felix: sin alma voy! que el escusar mayor daño me obliga à hacer este error, à pesar de mi decoro. *Vanse.*

Sale Don Lope. Espera, aleve, traidor.

Dentro Inès. Echa el golpe.

Lope. Hi vil, cobarde!

el golpe à la puerta echò, de que yo me havia olvidado, y por ella se escapò: infame, cobarde, què huyes? espera. *Dentro Don Felix.*

Felix. No huyo de vos, poner en salvo estas Damas es mi primera atencion. Y para que conozcáis, que no puedo huir, yo soy aquel mismo Cavallero, que oy en el campo os hiriò.

Lope. Huirè la puerta pedazos: ay de mí! que mi furor me cegò à no prevenirla: yo te buscarè, traidor. Quièn ferà este Cavallero,

que

que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha sido?
mas la pena mas atroz
es, que Don Juan es testigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la queixa es estorvo,
y pues el todo lo vió,
para hallar à mi enemigo
me valdrè de su valor.
Cielos, en tanta deficha,
como padeciendo estoy,
que este sea Cavallero
es el consuelo mejor.

Vase.

Salen Inès, y Manzano.

Manz. Entra, Inès, q̃ aqui el riesgo se mejora.

Inès. En mi vida he corrido como aora;
cierra, que ha sido dicha no pensada,
que estuviera tan cerca la polada.

Salen Don Felix, y Doña Ana.

Felix. Doña Ana, pues ya el lance ha sucedido,
por mi respeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quejas, ni de amores,
que solo han de servir de hacer mayores
mis sentimientos, y que filtre al trato
de la atencion que debo à tu recato;
solo tratemos de enmendar el daño,
que ha sucedido, sin hablar de engaño,
que yo, como otra cosa no me pidas,
perderè en tu defensa dos mil vidas.Ana. Como no? habla, D. Felix, que estoy loca;
y quando al alma essa traicion le toca,
no hay riesgo de la vida que me altere:
yo hablè anoche con hōbre que me quiere?
yo galàn? tū le viste, y yo lo extraño;
à no pensar, Don Felix, que tu engaño
lo finge por dexarme, cara à cara,
vive D'os, que del pecho me sacàra
el corazon, porque con mas pureza
viera con el tu engaño, y mi fineza.Felix. Dices bien, yo lo finjo por dexarte,
yo estoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vanos;
pero tambien lo fingirà Manzano,
que lo vió, y lo dirà por darte enojos.

Ana. Tū lo vift? Manz. Mas fue con estos ojos.

Inès. Ay triste, que ellos vieron à Don Diego!
de arriba abaxo se me abrió el talego.

Ana. Tū viste hablar cōmigo un hombre, loco?

Manz. Valgame Dios! ni tanto, ni tan poco:
hablarle tū, ya fuera demasado;

pero llamò à tu reja un embozado,
y tū luego saliste,
y con el media hora te estuviste;
pero que tū le hablastes? no señora,
que yo no digo, que eres tu habladora.

Ana. Hombre llamò à mi reja?

Manz. Y en persona.

Ana. Traidor, villano, mientes.

Manz. Pues perdona,

que bien pudo enganarse mi deseo,
porque el no era mayor que un Filisteo.

Ana. Inès, has visto tal bellaqueria?

Inès. Que esto es todo maldad, señora mia:
negar importa aqui, aunq̃ el gallo cante:
miren què buen testigo era el vergante!
mi ama à la ventana? havia cenado?

Manz. Pues à fe, que yo no era el asomado.

Dent. Diego. Ha de casa. Felix. Quièn es?

Inès. Señora, al centro.

Manz. Es un hombre señor, q̃ entra acà den

Felix. Retirate, Doña Ana. (tro.)

Ana. Ay suerte impia!

Inès. Calla, señora, que es bellaqueria
andarnos escondié lo à troche, y moche.
Escondense las dos, y sale Don Diego.Diego. Buenas señas tomò Martin anoche,
quando por mi siguiò à este forastero:
perdonad la licencia, Cavallero,
que una duda à un peligro eslabonada,
me ha obligado à buscar vuestra polada,
y por haverme vos favorecido
anoche, oy à buscaros he venido.Felix. Cielos, este es la causa de mi daño!
mas aqui se ha de ver el desengaño.

Ana. Ay Inès, què desventura!

Don Diego es el que ha venido.

Inès. Jesús, que todo el vestido
se vâ por la picadura!

Felix. Decid, pues, lo que quereis.

Diego. Para mi intento, primero
fiaros el alma quiero:
ya vos anoche sabeis
que yo à una Dama asistia.

Ana. Si esto lo dice por mi?

Inès. Calla, y oye desde aqui.

Diego. Un año ha, que la servia,
y en los seis primeros meses
no merecí à sus enojos,
que me mirassen sus ojos:
despues mis ansias corteses

la obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtiò,
y mis finezas pagò
con un honesto cuidado.

Felix. Si querrà aora Doña Ana *ap.*
decir que esto es ilusion?
que me niegue esta traicion!

Manz. Oyendo estàn la pavana:
de fuerre, que aqueßa Dama
ha seis meses empezò,
y à los otros seis cayò?

Diego. Fue fineza de su fama,
quando para castos lazos
mi honesto amor la procura.

Manz. Eßa Dama es escritura,
que se concertò en dos plazos?

Diego. En seis meses no admitiò
un afecto su beldad.

Manz. Bien digo yo, la mitad
para San Juan se rindiò.

Diego. Gastè un año en obligarla.

Manz. Velo ài, la otra mitad
cayò para Navidad;
bien podeis executarla.

Ana. Inès, èl no habla de mi.

Inès. Pardiez buenas boberias;
tendrà èl ciento, pues querias
que te amàra sola à ti?

Diego. Y en fin, quando mi deseo
su amor podía lograr,
yendola aora à buscar,
cerrada su casa veo,
y que de ella se ha salido
por un acafo que ignoro:
yo con la fe que la adoro
pienso que la causa he sido:
porque como anoche vos
con la Justicia resisteis,
aunque, como vos lo visteis,
yo no lo supe, por Dios,
puede ser que la malicia
de la necia vecindad
dè causa à esta novedad,
si contra su honor se indicia.
Y así os vengo à suplicar
me digais, pues esto passa,
si saliò de alguna casa
alguien que os vino à ayudar,
ò què passò en la pendencia,
por si algun indicio se halla,

con que yo para buscalla
pueda hacer la diligencia.

Ana. Inès, no vès lo que passa?
por mi es esto. *Inès.* Dale bola;
pues pensabas fer tù sola
la que se và de su casa?

Felix. A no fer indigna accion, *ap.*
aqui llamàra à Doña Ana,
porque viera esta tirana
concluida su traicion.

Este hombre mi amor ignora:
què harè en lance tan cruel?
declararme yo con èl
no conviene por aora.

Cavallero (esto ha de ser)
quando anoche reñi yo,
nadie à ayudarme saliò,
ni yo lo huve menester,
que sobrà mucho à mi espada:
lo que supe es, que reñi,
que huyeron, que los seguí;
de lo demàs no sè nada.

Diego. Esto es valerme de vos,
por si hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el canfáros. *Vase.*

Felix. Id con Dios.

Manz. No es mejor decirle à esse,
que estàn aqui estas señoras?

Salen Doña Ana, è Inès.

Felix. Niega aora, ingrato dueño
de mis ansias, niega aora
lo que à tus ojos confiesa
el que mi pena ocasiona.
Diràs aora, que finjo?
diràs que es traza engañosa
para dexarte? diràs
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quexo?
mas si diràs, què lo estorva?
que quien niega lo que vi,
negarà lo que oigo aora.

Ana. Don Felix, què es lo que dices?
que haràs que me buelva loca:
no es Don Diego de Ribera
esse hombre, à quien desdenosa,
con mas desaires desprecio,
que èl con finezas me enoja?

Felix. Y como que son desaires,
venir anoche de ronda

à dar música à tu calle,
llamar à tu rexa propia,
salir tù, hablarle, y cantar;
y porque mi ansia zelosa
llegò à queixarse à la rexa,
darme tù, porque èl lo notà,
con la ventana en los ojos,
satisfaccion bien airosa:
mira tù si son defaires,
ò finezas à mi costa.

Ana. Cielos, què es esto que escucho!
tù llegaste à aquella hora?
èl la música traia?

Manz. Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fue el bobo de Coria,
que nos dexò en la pendencia,
y se fue à hacerte mas coplas.

Ana. Inès, què es esto que dicen?
sabeslo tù? *Inès.* Yo, señora,
què he de saber yo? *Manz.* Jesus!
de què ha de saberlo estorra,
si ella no es mas que Aduana
por donde pasan las cosas?

Ana. Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas à que rompa
con tu respeto, y el mio,
si essas traiciones abonas.
Añadirme tù otra pena
à la què vès que me ahoga,
es tirar à hacer mortal
el golpe de mi congoja.
Y si te cansa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde està el de verte ageno,
qualquiera tormento sobra.
Què vida podrá quedarme,
quando vea que à otra adoras?
pues para què es otro golpe,
si effe me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
mas afligida, y penosa,
muerta la vida de amor,
no hay sentido para otra.
Pues si esto, señor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dülzura del engaño
à lo amargo de la copa;
franqueame la bebida,
y muera de una vez sola,

que es matar con avaricia
cobardia rigurosa.

Mas si mi estrella conoces,
bien haces, finge, ocasiona,
añade rigor, desmiente,
busca engaños, busca formas,
que segun soy de infeliz,
en penas tan dolorosas,
muriendo de cada una,
tendré vida para todas.

Felix. Manzano, yo he de perder
el juicio. *Manz.* A buena horas
pues quien viò lo que viò anoche,
y à ver à su Dama torna,
tiene juicio que perder?

Felix. Fue ilusion, fue sueño, ò sombra
lo que vi, y lo que à Don Diego
escuchè aqui de su boca?

Manz. Señor, puede ser. *Felix.* Pues cómo,
si lo vi, y lo escucho agora?

Manz. Porque lo vi yo tambien.

Felix. Què dices? *Manz.* Pues effo ignoras?
uno no puede engañarse;
pero dos, es facil cosa;
y si no digalo Inès.

Inès. Pues yo sè de essas historias?
me dà lugar mi labor
de andarme viendo essas sombras?

Manz. Tù, què has de ver de un galàn,
que festejó à una señora?

Inès. Claro està, que no veo nada.

Manz. No vès nada; pero tocas.

Inès. Què he de tocar?

Manz. Tus derechos,
porque tù no te sobornas.

Felix. Doña Ana, para que yo
no me desespero agora
de no sufrir lo que finges,
y de sentir lo que lloras,
de haver visto yo un galàn,
que en tu presencia conforma
lo que mi oïdo acredita,
à lo que mis ojos notan;
què disculpa puedes darme?
piensala, que si la logras,
te perdonaré el engaño,
por lograr essa lisonja.

Ana. Pues es menester pensar
una verdad tan notoria?

Felix. Pues què verdad hay en esto?

Ana.

Ana. Que tû à su hermana enamoras,
y èl à mi, y fingis los dos
lo que à entrambos os importa.

Manz. Encontròsela, y al buelo;
vive Dios, que es cazadora.

Felix. Pues tû quieres que yo finja
lo que en mi primero corta?

Ana. Pues què corta en tû primero?

Felix. Pues no corta en quien te adora
el cuchillo de perderte?

Ana. Què tiernamente lo notas!
lástima es que no te creas;
duele mucho lo que corta?

Felix. Pues no me quita la vida?

Ana. No es mucho mal donde hay otra.

Felix. Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.

Ana. No te consueles con ella,
que te aseguro, que es poca.

Felix. Dexemos esto, Doña Ana,
que si tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
passaré por mi deshonor.

Salé Leonor con manto.

Leon. Està aqui el señor Don Felix?

Felix. Quièn es? *Manz.* Una muger sola.

Felix. Pues señora, què mandais?

Leon. Doña Luisa mi señora
os suplica, que mañana
os lleueis à la Victoria,
que alli à las diez os espera,
porque el hablaros la importa.

Ana. Ha ingrato amante! ay Inès!
mira aqui si se conforma
este recado, y su quexa?

Felix. Pues à mi esta mi señora,
què me tiene que mandar?

Ana. Si, d'simulalo aora,
que esto està muy disfrazado.

Leon. Teniendola tan quexosa,
que por ella à un desafío
salis, en vano lo ignora
vuestro descuido, señor.

Ana. Haelgome que ella responda
al intento de tu engaño.

Felix. En esto extraño dos cosas,
una el sber mi posada,
y el que me busque la otra,
porque yo tuvièse un duelo.

Leon. De la una à mi me toca

dar razon, pues un criado
que os siguiò anoche à deshora,
nos dixo vuestra posada;
la otra toca à mi señora,
y ella os darà razon de ella.

Felix. Pues decidle, que à esta hora
irè à ver lo que me manda.

Leon. A Dios, que ella ferà pronta. *Vase.*

Ana. Mira aqui, tirano dueño,
mira si se ha visto toda
la intencion, mal prevenida
de tu quexa cautelosa.

Felix. Què, pienas que te he de dar
satisfaccion? no, señora,
que ni de tû quiero oirla,
ni que tû de mi la oigas.

Ana. Pues si tu traicion he visto,
para què à negarme tornas?

Felix. Eflo es imaginacion,
y aquesta es verdad notoria.

Ana. A lo que miran los ojos
imaginaciones nombras?

Felix. Lo que yo oí, y lo que vi
tiene prueba mas forzosa.

Ana. Pues què tienen tus sentidos,
que à los mios se mejoran?

Felix. Ver yo lo que es evidencia,
y tû una apariencia sola.

Ana. Apariencia es ir al campo,
por la Dama à quien adoras?

Felix. Si, que sin amor se riñe,
si el enojo lo ocasiona.

Ana. Y te busca sin amor,
ya que sin èl te provoca?

Felix. No ha dicho ella que la quiero,
como èl, que à tû te enamora.

Ana. Eflo es concierto de entrambos.

Manz. Ya es de mala esta pelota.

Inès. No sino buena, y rebuena.

Manz. Pues pidase à la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocò en la ropa.

Ana. De fuerte, que porque estoy
sujeta à tu amparo aora,
quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?

Felix. Doña Ana, esto es apurarme,
y aun obligarme à que rompa
el coro de tu decoro,
y con voz escandalosa

te trate como à muger,
que à dos à un tiempo enamora.

Ana. No hagais tal, señor Don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
sabré, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.

Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde aora,
es, que penséis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me habeis conocido,
ni yo à vos, que de esta forma,
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.

Inès, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, aora
vèn à casa de mi prima,
para que alli se disponga,
que yo à un Convento me vaya.

Felix. Buena es la causa que tomas
para buscar à Don Diego.

Ana. Ya satisfacer no importa,
lo que quisiereis pensad:
vèn, *Inès.* *Inès.* Vamos, señora.

Felix. Pues yo te he de acompañar.
Ana. Ya mi riesgo à vos no os toca,
yo os abuelvo del desaire.

Felix. Yo no he de dexarte ir sola;
mira bien à donde vàs.

Ana. Quien me guía es mi congoja;
primero irè à Doña Luisa,
à apurar esta ponzoña. *Vanse.*

Manz. Señor, detente aqui un poco,
y veràs si acà no tornan.

Felix. Y he de dexarla yo al riesgo
de que alguno la conozca,
y pueda hallarla su hermano?

Manz. Mas que antes de un quarto de hora
buelven aqui? *Felix.* Vèn tràs ellas,
que aunque es de noche, vàn solas.

Sale Don Juan al encuentro de Don Felix.

Juan. Deteneos, Cavallero.

Manz. Buena, por Dios, y à buen hora.

Felix. Què me quereis, ò quièn sois?

Juan. Quien tiene à cargo la honra,
que le ha fiado un amigo,
y al passar por aqui aora,
de esta puerta dos mugeres

vio salir, que se la roban.

Yo no he querido seguir las,
creyendo, que mas importa
reconoceròs à vos;
mas lo que à mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ò serà la espada
ultima razon de todas.

Felix. Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este, aunque corras,
vè tù siguiendo à Doña Ana
por essotra puerta.

Manz. Arroga. *Vase.*

Felix. La voz importa fingir:
Cavallero, aqueste empeño,
ni os toca à vos, como dueño,
ni es facil de conseguir.

Juan. Yo os he de reconocer.

Felix. Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.

Juan. P es mirad como ha de ser.

Felix. Huyendo yo, y os prometo,
que no es falta de osadía.

Juan. Pues huir no es cobardia?

Felix. Tambien puede ser respetto.

Juan. Eello me obliga à intentar
conoceròs, y os prometo,
si me fiáis el secreto,
de procurarlo mediar.

Felix. Que no puede ser recelo.

Juan. Por què no, si os doy favor?

Felix. Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.

Juan. Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oído.

Felix. Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.

Juan. Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.

Felix. Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.

Juan. Ouè os importa en caso tal,
que yo me haga esse desdèn?

Felix. El estarme à mi muy bien
el que vos no quedeis mal.

Juan. Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.

Felix. Un Cavallero, y à Dios.

Juan. Quièn serà este Cavallero?

JOR-

JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Todo esto es morir, Manzano, mi pena el pecho me parte.

Manz. Pues, señor, vè à confesarte, y muere como Christiano.

Felix. Con tormento tan tirano à matarme me provoco.

Manz. Señor, aliviate un poco de pesares tan atroces, grita, quexate, dà voces, y no mueras como loco.

Felix. Con Don Diego esta tirana se ha ido. *Manz.* No lo he pensado, porque ello la hemos buscado de la noche à la mañana; yo he ido à su primahermana à buscarla, como un fuego, todas sus amigas luego he corrido, y no està allà; con que ello inferido està, que no estará con Don Diego.

Felix. Pues dònde, si mis cuidados no la hallan con otro dueño?

Manz. Mira, en un Lugar pequeño havia cinco enamorados; fuese su Dama, y turbados, unos de otros sospechaban; y luego el caso sabido, hallaron, que se havia ido con otro que no pensaban.

Felix. El fin duda ha de ocultalla, Don Diego logra el favor.

Manz. Pues si esso es cierto, señor, para què vàs à buscalla?

Felix. Porque mi amor me avassalla à este tormento, aunque es fuerte; porque aunque el peligro advierte, busca engañado mi amor la dulzura del dolor, hasta llegar à la muerte. Al hidropico retrata mi afecto con su belleza, donde es la sed mi fineza, y ella el agua que me mata: miro su hermosura ingrata, y al beber el desengaño,

templo la sed, mas el daño se aumenta en mal tan aleve, porque mientras mas se bebe, crece la sed del engaño.

El comun exemplo mira de la simple mariposa, que de la llama amorosa ronda el rayo, la luz gira: à lograr en ella aspira el alivio de su amor, y le quita su rigor las alas para vivir; pero què importa morir, donde es tan dulce el ardor? Yo en su hermosísimo encanto hallo el fuego de sus ojos, donde à templar sus enojos sale el cristal de su llanto: no admires que busque tanto aquella agua en que me anego, aquella luz en que ciego, si soy con mi fe amorosa hidropico, y mariposa de aquel cristal, y aquel fuego.

Manz. Pues yo el buscarla condeno en su casa, porque si entras, què has de hacer, si allà la encuentras?

Felix. Apurar este veneno.

Manz. Y si ella el rostro sereno, te dixesse, por favor:

Usted me cansa, señor, dexeme ya, por San Juan?

Felix. Matarme con su galán, por malograrme el amor.

Manz. Un Vizcaino insufrible por una calle iba andando, y en una rexa, passando, se diò un codazo terrible. Enfurecido, aunque en vano, bolvió à la rexa culpada, y la diò tan gran puñada, que se destroncò la mano. Irritòse, y à dos brazos tomò, sacando la espada, y alli, à pura cuchillada, la hizo en la rexa pedazos. Partiò diciendo, à su modo: Manos rompes? quiebras codos? pues toma lo que has llevado. Igual venganza te llama,

si vàs con mucha fineza
à que èl te abra la cabeza,
sobre llevarle la Dama.

Y serà gloriosa empresa,
si èl te zurra la badana,
decirle luego à Doña Ana:
me dexas: pues tomate esta.

Felix. Yo he de entrarlo à averiguar,
fingiendo que à hablarle voy.

Manz. Pues señor:- *Felix.* Resuelto estoy,
no tienes que replicar;
aquí vive, entremos luego.

Manz. Mira:- *Felix.* No me adviertas nada.

Manz. Vamos à quebrar la espada
en la rexa de Don Diego. *Vanse.*

Salen Doña Luisa, Leonor, Doña Ana, è Inès.

Luisa. Esto, Doña Ana, pásala, y te aseguro,
que hasta aora ignoraba tu cuidado.

Ana. De gran tormenta, amiga, me has sacado.

Ay Don Felix! aora conjeturo
tu pensar con el mio,
mas sabe amor, que ha sido desvario.

Luisa. De justa queixa en ocasion me pones,
con dudar de mi amor estas traiciones,
sabiendo tú lo que à Don Lope quiero,
que yo llame à Don Felix, porque espero
que à tu hermano por mí le satisfaga,
pues por su punto mi decoro estraga.

Ana. Los zelos no dàn queixa, amiga mía,
porque son una ofada cobardía:
no hay respeto, grandeza, sangre, ò fuero,
que los refrene, à la razon se ciegan,
renuncian la esperanza, la fe niegan,
vèn, y no escuchan, de temor movidos,
porque son unos ojos sin oidos.

Inès. No te dixes yo siempre, que era en vano,
que Doña Luisa siempre amò à tu hermano?

Ana. De albricias del contento estimo el susto.

Inès. Esfiorra havia de emplear su gusto
en Don Felix, que no es mas que un sugeto
muy galán, muy valiente, y muy discreto,
muy liberal, y amante con exceso?
señora, que no hablemos mas en esto.

Ana. Ya, Doña Luisa, que de tí obligada
estoy, de mi pasión defengañada,
quisiera que Don Felix lo estuviera;
y aunque tú sabes ya de la manera
que mi sospecha me guiò à tu casa,
si èl me vè aquí, ignorando lo que pásala,
no ha de atender à mas, como està ciego,

sino à que estoy en casa de Don Diego.

Luisa. Pues que quieres hacer?

Ana. Que tú al momento
vayas à prevenirme algun Convento,
donde yo me asegure de mi hermano,
que desde allí, pues su recelo es vano,
podrà Don Felix ver su desvario,
y tener mejor fin el riesgo mio.

Luisa. Ya Don Diego ha acabado de vestirse,
y por aquí es el passo para irse;
entrate adentro, no te encuentre aora.

Ana. Antes le quiero hablar.

Inès. Jesús, señora! (cjo)
tú à Don Diego hablar quieres? tienes jui-

Ana. Si, que quiero decirle, con que indicio,
de que palabra, ò señas ha inferido
que yo pago su amor, y le he admitido?

Inès. Ay! justicia de Dios, que me revela
la confesion; aquí de una cautela.

Señora, pues aora esto querías?

no ves que amor es todo boberías,

y esta havrà sido alguna de las tuyas,

y si tú las rebuelves serán tuyas?

Estando à tanto riesgo, y sin sosiego,

no es mejor que le empuñes à Don Diego,

dissimulando todos tus pesares,

en que busque el Convento,

que hará la diligencia en un momento?

y estando tú en seguro,

le puedes hablar claro, poco, y puro.

Luisa. Muy bien ha dicho Inès.

Inès. Que si señora.

Ana. Eso he de hacer, dissimulando aora.

Luisa. Pues èl sale, disponte à prevenirlo.

Inès. Esto es echarle al riesgo un remendillo,
dure lo que durare lo encubierto.

Dentro Don Diego.

Diego. Leonor, mira q el quarto queda abierto,
entra luego à cerrarle: mas que miro! *Sale.*

Ana. Mucho harè en reprimirlo que suspiro.

Al paño Don Felix, y Manzano.

Felix. El es. *Manz.* Llamale pues.

Felix. Tente, que he entrado
en mejor ocasion, que hemos pensado.

Diego. Quien madruga, señora,
no tiene que admirar ver al Aurora,
ni hallar la dicha, que llorò perdida,
si por no merecida,
la noche la perdiò de mis enojos,
y la hallò con la luz de vuestros ojos.

D

Felix.

Felix. Cielos, què es lo que escucho!
mira si cierto fue lo que imagino.

Manz. Ya te azotan aqui por adivino.

Diego. Pero de ver vuestro semblante infiero
vuestro disgusto, y que advirtais espero,
que si yo he dado causa à essa tibieza,
tiene disculpa el yerro en mi fineza,
pues por ser arrevida
os cuesta esse pesar; pero la vida
perderè en vuestro amparo, por disculpa.

Ana. De esto me he de valer, pues èl se culpa.

Cierto es, señor Don Diego,
que por vos de este modo à verme llevo,
mi vida aventurada,
mi honor à riesgo, mi opinion ajada,
y vos solo la causa me haveis dado;
bien sabe amor, q èl quien lo ha causado.

Felix. De aqui, Manzano, no saldè con vida.

Manz. Ya estoy pensando yo en la zambullida.

Ana. Pero ya en el peligro sucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
sino buscar la enmienda que lo abona.

Diego. Para esso està mi espada, y mi persona.

Ana. Menos es menester que essa violencia,
pues basta aora vuestra diligencia.

Diego. Decidme, pues, en què serviros puedo.

Ana. Demi hermano me asusta el justo miedo,
y hasta està su sospecha fofegada,
bien veis que importa està asegurada,
y el remedio mejor es, que al momento
vos vais à prevenirme algun Convento
donde yo pueda està decentemente,
mientras passa el horror de este accidente.

Diego. Agradecido à mi feliz estrella,
pues tal ventura solamente es de ella,
de mi tan presto os hallareis servida,
que al bolveros à ver obedecida,
imagineis que amor me diò sus alas. *Vase.*

Ana. Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
bien se van mejorando mis enojos.

Felix. Ha cruel! esso es bien? pese à tus ojos.

Ana. Ya, Doña Luisa, solo està mi suerte
en que mi hermano aqui no venga à verte,
ni hasta que yo al Convento me haya ido,
sepa Don Felix, que de aqui he salido,
porque es terrible su passion zelosa.

Sale Felix. Esso no lograràs, Circe engañosa.

Manz. Degollemoslas todas, vaya arreo.

Ana. Pefares, ay de mi! què es lo que veo?

Felix. Esto es romper con la presa

del dolor, crecer un rio,
cuya violencia se arrastra
troncos, piedras, y edificios.
Tendràs aora disculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de ti,
no me he de apartar de fino.
Havrà industria à que apelar,
para engañarme? havrà arbitrio?
pluguiera al Cielo le huviera,
que en el fuego que respiro,
si me ha de acabar su ardor,
mejor le estaba al sentido
consumirse de mi llama,
que morir de tu delito.

Pues vive el Cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.
No tengo otra, sino hacer,
que como aqui lo averiguo,
dos que à un mismo tiempo engañas,
los pierdas à un tiempo mismo.

A seguir voy à tu amante,
porque hallandole mi brio,
èl muera de mi venganza,
yo de la suya, y tu hechizo.
Acabese asì tu engaño,
cesse asì el tormento mio,
y muera yo consolado
con que esse placer te quito.

Ana. Don Felix, señor, detente:
Doña Luisa. *Luisa.* Yo os suplico,
que os detengais. *Felix.* Es en vano.

Ana. Mi bien, señor, dueño mio,
escucha. *Felix.* En vano es tenerme.

Luisa. Yo por mi atencion os pido
que escucheis.

Felix. No hay atenciones;
y perdonad, si esto os digo,
que viendo à quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido. *Vase.*

Manz. Y yo he aprendido tambien,
y sè ya tanto el oficio,
que si aqui engañan à dos,
yo voy à engañar à cinco.

Ana. Ha Manzano, escucha, esperas
tenedle, Inès. *Inès.* Manzanillo,
buelve aqui. *Manz.* Pues para què,
si ya ustedes me han mordido?

Ana.

Ana. Por dõnde entrò tu señor?

Manz. Como el mozo es atrevido,
entrò por la boca manga.

Luisa. Pues aqueſſo no eſtà viſto?
por el quarto de mi hermano,
que eſtaba abierto.

Manz. Eſto es lindo;
ſi aqui uſtedes le han abierto,
què dudan por donde vino?

Ana. Pues èl hablò con Don Diego
quando aqui entrò, ò còmo ha ſido?

Manz. No hablò ſino con el diablo,
pues ſin verlo me lo dixo.

Ana. Què te dixo? Manz. Lo que viò.

Ana. Pues aqui, què es lo que ha viſto?

Manz. La labor que haciendo eſtais,
que aqui no hay otro delito.

Inès. Què labor? Manz. Medias de pelo,
y entre puntos, y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y Don Diego en los crecidos.

Pero por Dios, que eſta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto,
que à mi amo ſe le ha ido,
porque èl lleva ya carrera.

Ana. Manzano, del dolor mio
tèn piedad, y haz tù que vuelva,
y toma eſte cordoncillo.

Manz. Pues eſſo es buelta por buelta.

Ana. Hazlo, por Dios. Manz. Vive Chriſto,
que me has pueſto una cadena
para ſervir, y ya digo,
que ni quieres à Don Diego,
ni à ſu caſa te has venido,
ni aora hablabas con èl,
que eſto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.

Inès. Aora te haces amigo?

Manz. Pues ſi me ſician la plaza,
es mucho haverme rendido
en echandome el cordon?

Ana. Que hagas que vuelva te pido.

Manz. Què llamas hacer que vuelva?
ſi aora ſe huviera ido
al juego de la pelota,
le harè que vuelva al proviſo,
aunque le encuentre ſacando.

Ana. Que no me faltes te digo.

Manz. No, ſi èl buelve, no harà falta.

Ana. Pues buelve tù à darme auiſo.

Manz. Bolverè quanto quiſieres,
como no ſea el cordoncillo. *Vaſe.*

Ana. Doña Luisa, ay muger mas deſdichada!
mi primera atencion me ſale errada:
què culpa es la que el Cielo me caſtiga?

Luisa. Ay Doña Ana! no ſè lo que te diga;
pienſas que es poca culpa un amor ſino,
que ſiempre es ojeriza del deſtino?

Inès. Miren q̃ à buen compàs ſe eſtàn quexàdo,
y yo diſſimulando,
con ſer à quien la culpa mas le toca,
me eſtoy aqui ſin deſpegar mi boca.

Al paño Don Lope.

Lope. Ya que por mi impaciencia deſeſpero
de hallar quien ſea aqueſte Cavallero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le buſco en Doña Luisa, y no es muy vana
mi pretenſion, que en eſtos pareceres
unas de otras ſe valen las mugeres:
mas con viſta eſtà, tenerme quiero.

Ana. Ya de que vuelva à hablarme deſeſpero,
ſegun iba reſuelto.

Inès. Que no, ſiel quiere bien, dale por buelto:
mas hele, un hombre viene, èl es ſin duda.

Và àzia donde eſtà Don Lope, y èl ſale.

Ana. Mi bien, mi dueño, ſi el dexarme muda:--

Lope. Ha traidor! què miro! Ana. Ay D. Luisa!

Luisa. D. Lope, q̃ haces? Inès. Detenedle aprifa.

Lope. Muera eſta aleve, que mi honor abraſa.

Luisa. Aſi el reſpeto pierdes à mi caſa?

Lope. A agravios no hay reſpeto q̃ me riñas:
viven los Cielos:-- Inès. Detenedle, niñas.

Luisa. Què agravios hay aqui, ſino ha una hora
que la dexò mi hermano, que vò aora
à hacer la diligencia de un Convento?
entre tanto eſtà mal en mi apoſento?

Lope. Què es lo q̃ eſcuchò! ſi D. Diego ha ſido
quien aqui la ha traído,

à mi me eſtà muy bien que ſea ſu eſpoſo;
con caſarla con èl quedo guſtoſo, (to.
que primero es mi honor, que mi concier-

Inès. Señora, en eſte engaño toma puerto.

Ana. No puedo hablar, Inès, que eſtoy cortada.

Inès. Ay ſeñor! mi ſeñora eſtà turbada;
Don Diego es quien aqui nos ha traído,
todo ſe acaba bien con un marido,
que mejor que ſentencia, es conveniencia.

Lope. No quiero yo apelar à otra ſentencia,
que con Don Diego logro mucha palma:

D 2

què

què dices? *Inès.* Dì que sì, pese à tu alma.
Ana. Señor, la turbacion, y el temor mio
 no me dexan hablar; yo de ti fio,
 que en qualquier accidente
 haràs lo que à mi honor es conveniente.

Lope. Pues dònde està D. Diego, ù dòde ha ido?

Luísa. A buscar el Convento aora ha salido.

Lope. Pues irèle à buscar, que esto ajustado
 està todo, como èl quede casado; (mana
 que aunque èl no sea quien facò à mi her-
 de mi casa, pues hallo aqui à Doña Ana,
 ò el Cavallero amigo suyo era,
 ò iba con èl, y caso que no fuera,
 para què apuro lo que en esto passa,
 si à mi me basta què la hallè en su casa?
 y no hablarè en mi quexa à Doña Luísa,
 hasta hacer diligencia tan precisa. *Vanse.*

Salen Don Felix.

Ana. Ay Doña Luísa! valgame el retiro!

Felix. Ya para què ha de ser?

Ana. Cielos, què miro!

Felix. A quien por tu peligro desvelado,
 y viendo que tu hermano aqui havia en-
 tràs el se vino, solo à defenderte, (trado,
 para ver la sentencia de su muerte;
 pues viendo ya su enojo reportado,
 à la puerta quedò, donde he escuchado
 de mi dolor el ultimo decreto;
 pues para que mi muerte, con su efeto,
 apelacion yo tenga para nada,
 ya està por tres sentencias confirmada.

Luísa. Jesus, y què desdicha! *Inès.* S. Antoniot
 señores, esto trazalo el Demonio?

Ana. Don Felix, señor, si el hado,
 el acaso, y el ahogo,
 el Cielo, tu amor, mi pena,
 se conjuran en mi oprobio;
 yo soy solo un corazon,
 donde no cabe por corto,
 resistencia para uno,
 mira què harà para todos?
 La fuerza de mi sospecha,
 anoche entre tanto ahogo,
 me traxo aqui, donde hallè
 defengaños, y socorro.
 Con Don Diego esta mañana
 disimulé mis enojos,
 porque me busque un Convento,
 que es el mas honesto abono.
 Y si yo huviera advertido

sus afectos amorosos,
 para què era otro sagrado,
 donde tengo el que yo esco, o?
 Al entrar aqui mi hermano,
 por reportarle furioso,
 llevè adelante el engaño,
 à què diò principio el propio.
 Mas si todo esto se junta
 à suceder de este modo,
 què he de hacer, si tus sospechas
 yo parece que las compro?
 Que me llesves à tu casa
 es lo que te pido solo,
 que alli estoy con tus hermanas
 con defensa, y con abono.
 Mas todas estas razones,
 que son vanas reconozco,
 que zelos al ver son linceos,
 pero al escuchar son sordos.
 Solo à mi inocencia apelo,
 y te ruego por ti propio,
 que me llesves donde digo,
 por piedad de mis follozos.

Felix. Doña Ana, aora no es tiempo,
 siendo el peligro tan pronto,
 ni de admitir la razon,
 ni de impugnarla tampoco:
 pero para que conozcas
 à lo que por ti me arrojé,
 siendo deuda del valor,
 en lo que me pides, noto
 quatro mil inconvenientes,
 y he de atropellar por todos;
 ponte el manto, y ven conmigo.

Ana. Sacale, *Inès.* *Inès.* No es ahorro
 ponertele de camino?

Ana. Doña Luísa, à Dios; y solo
 te prevengo, que no digas,
 aunque sea mas forzoso,
 ni con què, ni dònde he ido.

Luísa. Effen es demás.

Inès. A Dios, bobos. *Vanse.*

Luísa. Yo soy quien queda mas bien,
 si aora vienen los otros.

Leon. Pues tù, què culpa has tenido?

Luísa. La de pagar yo su enojo,
 pues Don Lope en mi desaire
 ha de desquitarle todo.

Leon. Pues, señora, dicho, y hecho,
 y el diablo le añade un poco,
 pues

pues vienen entrambos juntos.

Salen Don Lope, y Don Diego.

Lope. Don Diego, ya lo quexoso no importa, pues tan honrado quedo con vos. *Diego.* Saber solo, que ya Doña Ana tenía de vuestra elección esposo, me embarazó à declararme.

Lope. Con esto se ajusta todo:

llamad, señora, à mi hermana.

Luisa. Qué hermana? *Leon.* Vá de alboroto.

Diego. Doña Ana no está contigo?

Luisa. Acabado de ir vosotros, tomó su manto, y se fue, sin saber yo à qué, ni cómo.

Lope. Qué es lo que escuchó? ha traído!

Diego. Pues por qué ha sido esse arrojó, si ella me quiere, y en ello viene ya su hermano, y todo?

Luisa. Don Diego, estàs engañado, porque ella tiene otro esposo, que es lo que puedo saber, aunque quien es no conozco.

Lope. Cielos, quien puede ser esse?

Luisa. Esso preguntè, mas solo dice, que es un Cavallero.

Lope. Ha traído! que este es el propio, que la sacó de mi casa.

Diego. Pues quien es?

Lope. Un hombre, un monstruo, que en nombre de un Cavallero, sin saber mas, me trae loco.

Diego. Retirate adentro, hermana.

Luisa. Ya le importa à mi decoro defengañar à Don Lope: bolver à hablarle es forzoso. *Vase.*

Diego. No teneis de èl otras señas?

Lope. El es un Soldado mozo, con quien antenoche vos me hallasteis. *Diego.* Yo le conozco: vive Dios, que he de matarle, y he de ir à buscarle solo, pues de èl mi amor he fiado, y me ha engañado alevoso. Don Lope, porque no erremos la venganza, de este modo el hallarle se asegura: mientras que yo reconozco la posada donde èl vive, vos esperad aquí un poco,

por si alguien buelve à mi casa: así asseguro el ir solo. *Vase.*

Lope. Il, que yo aguardo en la calle.

Cielos, sacadme vosotros de este Cavallero enigma, causa de tantos affombros.

Sale Doña Luisa. D. Lope, escucha, detente.

Lope. Qué me quieres? *Luisa.* Es buen modo entrar à verme dos veces, estès, ò no estès quexoso, y irte entrambas sin hablarme?

Lope. Esso me faltaba solo, tràs el dolor que padezco, ingrata, quando conozco, que tambien amor me engaña.

Luisa. Don Lope, si estais furioso por vuestra hermana, no es bien vengarla en mi, que es muy tosco esse estilo, y muy grosero para mi oído, y mis ojos.

Una fantasia zelosa, por unos ciegos antojos, no es causa para esse estilo: mas para que ciego, ò loco, otra vez no useis conmigo de tan pesados arrojos, aquel Cavallero mismo de quien vos estais zeloso (Doña Ana aqui me perdone, que primero es mi decoro) es quien llevò à vuestra hermana con titulo de su esposo.

Mirad si es cosa creible, que sin hacerle yo estorvo, si èl me amara, se atreviera à tanto empeño à mis ojos? O si soy muger, que amando, tuviera el brio tan corto, que caso que èl se atreviera, pasàra por esse oprobio, sin que le: pero esto sobra; y es lo cierto, que era impropio traer yo desaires vuestros, fingidos para mi abono: Y es cierto, que no lo hiciera, à no saber, ni tampoco à no ser para el empeño de defender mi decoro. Mas èl llevò à su muger, y ella se fue con su esposo;

y

y pues ya estaís satisfecho,
ò no lo esteis, que esse ahorro
perderà vuestro folsiego:
os suplico, que en retorno
no me hableis en vuestra vida,
si quereis quedar airoso.

Lope. Señora, mi bien, espera;
el consuelo, que en ti solo
me queda, quieres quitarme?
no tiene fuero un zeloso
de poder ser atrevido?

Luisa. Esso si, pero no loco.

Lope. Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
quien es este Cavallero?

Sale Manzano.

Manz. A èl se lo llevò el Demonio:
mi señor:- pero què miro!
la casa errè, perdonad.

Lope. No haveis errado, esperad.

Manz. Sabe usted à lo que yo tiro?
vive Dios, que es el hermano. *ap.*

Lope. Este es criado sin duda, *ap.*
fabrè lo que el alma duda,
pues me ha venido à la mano:
à què buskais aqui vos?

Manz. A Don Juan Zaquizamì,
vive aqui? *Luisa.* No vive aqui.

Manz. Pues quedese usted con Dios.

Lope. Aguardad: què, pues lo ignora,
dueño es de vuestra persona?

Manz. Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.

Lope. La curiosidad no es tanta,
ni os toco yo en esse punto:
à què servís os pregunto?

Manz. Yo, à Dios la Semana Santa.

Lope. No teneis amo, menguado?
que ya, vive Dios, me irrita.

Manz. No, vive Dios, es delito,
que no sea yo criado?

Lope. No, que yo de ello me alegro:
mas còmo quando yo os vi
entraíeis, diciendo aqui,
mi señor? *Manz.* Esse es mi suegro.

Lope. Sois casado? *Manz.* Siete veces.

Lope. Yo os he visto à vos al lado
de un Cavallero Soldado.

Manz. Mas que me casca las nueces: *ap.*
esse es un sobrino mio,

que està en Madrid, forastero.

Lope. Quièn es esse Cavallero?

Manz. El sobrino de su tio.

Lope. Què es su nombre?

Manz. Hay tal aprieto?

Pierres. *Lope.* Esse el nombre es?

Manz. Es espia, y porque lo es,
anda en la Corte en secreto.

Lope. Y dònde està? *Manz.* Es vagabundo,
y està en una casa estraña.

Lope. Quièn vive alli?

Manz. El Rey de España,
à pesar de todo el mundo.

Lope. Vos tambien hablais de encanto?
pues vive Dios, que mi espada:-

Manz. Deme usted una cuchillada,
y no me pregunte tanto.

Lope. Vengarme en vos es baxeza,
ni es esso lo que ha de ser.

Manz. Pues ya què mas ha de hacer,
si me ha roto la cabeza?

Luisa. Esse hombre, sea quien fuere,
què te puede ocasionar?

Lope. Mejor es dissimular,
y seguirle donde fuere.

Manz. Quiere usted mas? *Lope.* Idos vos.

Manz. Declarè bien? *Lope.* Fue capricho.

Manz. Quiere usted que firme el dicho?

Lope. Idos de aì. *Manz.* Pues à Dios. *Vase.*

Lope. Seguirle aora es mejor.

Luisa. Don Lope? esa empreña es vana,
si està casada tu hermana.

Lope. Seguirle importa à mi honor,
que mi venganza se allana
con seguirle desde aqui. *Vase.*

Luisa. Pues yo tengo de ir tràs ti,
y irè à avisar à Doña Ana. *Vase.*

*Salen Don Juan, Don Felix, Doña Ana, y
Inès tapadas.*

Juan. Por el contento de verte
te perdono el sentimiento,
Felix, de estàr en Madrid,
sin verme à mi lo primero.

Felix. Señor, empeños de amor
tienen disculpa, y te ruego,
que à este no falte tu amparo.

Ana. Porque os haga mas empeño,
me descubrirè con vos: *Descubrese.*
conoceisne aora? *Juan.* Què veo!
luego Don Felix, señora,

fue

fue quien osado, y resuelto,
os sacó de vuestra casa?

Ana. Si señor, que él es mi dueño.

Inés. Si señor, y à mi tambien,
que es lo peor que hay en ello,
que soy una doncellita,
y sabe Dios lo que pierdo.

Juan. Felix, yo me huelgo mucho
de que este sea tu afecto,
que es mi señora Doña Ana
con quien casado te tengo,
y esto está luego ajustado.

Felix. No es tan facil como esso,
porque aquesta mi señora
no quiere, à lo quo yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.

Ana. No señor, que yo si quiero,
fino que él, por un engaño,
que le hacen injustos celos
de un hombre:- Juan. Tened, señora,
entraos conmigo acá dentro,
que no es esso para aqui:
venid, que con mas secreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tù aqui. Felix. Aqui espero.

Ana. Ay ingrato! quiera amor
que se reconozca el yerro. Vanse.

Inés. Ay Virgen! cómo es posible
que yo desate este enredo?
que à puro tirar la soga
me han hecho ya el nudo ciego.

Felix. Qué miro! ô miente la vista,
ô el que alli viene es Don Diego:
sin duda ya él me conoce:
aqui retirarme quiero
hasta saber lo que intenta. Retírase.

Sale Don Diego.

Diego. Que es Don Felix de Toledo
en la posada he sabido,
y así aqui à buscarle vengo.

Inés. Señor Don Diego? Diego. Tù aqui?
ya un seguro indicio tengo
de que he hallado à mi enemigo;
voy à buscarle allá dentro.

Inés. A dòn de vais? Diego. A vengarme.

Inés. Ay Virgen! aqui me pierdo:
señor Don Diego, escuchad,
y no vais à hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo esto es un enredo

de esta triste pecadora,
sin que mi señora en ello
entre, ni os haya queridos;
que aunque sois galán, lo mesmo
es veros à vos, que al diablo:
no penseis que os lisongoes,
que peor le pareceis;
pero yo, señor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingí favores supuestos
de parte de mi señora,
y os he engañado con ellos,
que ni ella sabe de vos,
ni de vuestro galanteo,
ni que os hablè por la rexa;
y si una musica os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dâdivas, y dineros
bien valen lo que por mi
haveis estado creyendo.

Yo me acuso, que he quebrado
el octavo mandamiento,
levantando un testimonio,
que para mi era de hierro,
pero para vos fue paja,
con que aqui obligado os dexo
à no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene riesgo. Vase.

Diego. Oye, Inés, escucha, espera:
corrido, y sin alma quedo!

Al paño Don Felix.

Felix. Cielos, qué es lo que he escuchado?
que no me cabe en el pecho
el gusto del desengaño:
ay Doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.

Diego. Pues en él, viven los Cielos,
me he de vengar, que no importa
ser mis favores supuestos,
para haverle yo fiado
mi amor, y engañarme luego.

Sale Don Felix. Pues para esso estoy aqui.

Diego. Mucho de hallaros me huelgo.

Felix. Pues si de mi teneis quexa,
porque vos, señor Don Diego,
me dixisteis vuestro amor,
y el mio os tuve encubierto;
sabed, que diciendo vos,
que erais querido primero,
no podia ser mi Dama

la que à dos amaba à un tiempo:
pero aora que he sabido,
que solo fue engaño vuestro,
es mi Dama, y yo la adoro,
y ya en el alma la tengo;
y siempre que la miràreis,
vereis delante mi acero.

Diego. Para esso de aqui salgamos.

Felix. Andad, que ya os voy siguiendo.

Salen Manzano.

Manz. Jesus, señor. *Felix.* Dónde vàs?

Manz. Vengo molido los huesos.

Felix. Pues de què?

Manz. Traigo una maza.

Felix. Què dices? estàs sin seso?

Manz. Si señor, porque Don Lope,
para venirme siguiendo,
se me agarrò de la cola,
y hele, que ya entra acà dentro.

Diego. No importa, que pues conmigo
teneis ya acetado un duelo,
yo he de estàr à vuestro lado
hasta ajustarle primero.

Felix. Eso no he menester yo.

Salen Don Lope.

Lope. Aqui entrò el criado: Cielos,

Don Juan de Toledo vive

en esta casa: què veo!

el hombre con quien reñì

no es aqueste Cavallero?

fois vos:- *Diego.* No vais adelante,

porque entre los dos tenemos

un duelo acetado ya,

y no hay lugar para el vuestro.

Lope. Si èl es el que yo presumo,

mi venganza es lo primero,

que el mio es duelo de honor.

Diego. No hay calidad en los duelos;

el que primero se aceta

se lleva el primer derecho.

Felix. Pues yo soy el que pensais.

Lope. Pues matarèle. *Diego.* Teneos,

que he de ponerme à su lado.

Felix. Salgamos al campo luego,

pues estamos dos à dos.

Manz. No señor, que yo soy cero,
y no hago numero aqui.

Felix. Venidme los dos siguiendo.

Salen D. Juan. A tu lado està mi espada:

dónde vàs, hijo? què es esto?

Lope. Què es lo que miro! pues vos
fois Don Felix de Toledo?

Felix. Yo soy. *Manz.* Masha de treinta años.

Lope. Pues mejor està mi empeño.

Salen Doña Luisa, y Leonor.

Luisa. Leonor, que he de llegar tarde
à avisarla, voy temiendo:

mas ay Dios! què es lo que miro?

Diego. Hermana, tù aqui? què es esto?

ha traidora! *Lope.* Reportaos,

y advertid, señor Don Diego,

que es mi esposa Doña Luisa,

y à mì me viene siguiendo.

Diego. Siendo así, à mì me està bien.

Felix. Don Lope, si vuestro empeño
conmigo, es por vuestra hermana,
yo os respondo con lo mismo,
pues Doña Ana es ya mi esposa.

Lope. De albricias de este suceso
os doy los brazos, Don Felix.

Felix. Yo de hermano los acero.

Diego. Pues si esto llega à este estado,

tambien yo mi quexa dexo,

y quedo mejor que todos,

pues que me quedo soltero.

Juan. Pues, señora, salid vos.

Salen Doña Ana, y Inès.

Ana. A dár à mi amado dueño

toda el alma en un abrazo.

Luisa. Dulce fin à tanto riesgo.

Inès. Què està ya todo ajustado?

señores, corrida quedo

de que no se haya sabido,

que yo tracè este embeleco:

venga à noticia de todos.

Manz. Toca, embustera, esos huesos.

Felix. Y si logra vuestro aplauso,
aqui acaba el Cavallero.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga,
Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en
donde se hallará esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.